

MORETO, AGUSTÍN (1618-1669)

LA MISMA CONCIENCIA ACUSA

ÍNDICE

JORNADA PRIMERA
JORNADA SEGUNDA
JORNADA TERCERA

PERSONAS

EL DUQUE DE PARMA, viejo.
CARLOS.
ENRIQUE.
MARGARITA.
ESTELA.
LAURETA.
TIRSO, villano.
EL DUQUE DE MILÁN.
UN ALCAIDE.
UNA CRIADA.
GUARDAS.
CRIADOS.
DAMAS. SOLDADOS.
LABRADORES. MÚSICOS
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Parma y sus inmediaciones.

JORNADA PRIMERA

Selva.

ESCENA I

ESTELA, LAURETA y TIRSO, de aldeanos; salen retirándose de ENRIQUE, que viene vestido de campo.

ENRIQUE.

Prodigio hermoso, ligera
exhalación, que entre flores
vais dando al viento en colores
pedazos de primavera,
esperad.

ESTELA.

No es cortesía
porfiar a una mujer.

ENRIQUE.

Pues, Señora, el querer ver
al sol ¿es descortesía?
Por ser soberano el ciclo,
toda admiración disculpa;
pararme a una luz no es culpa.

ESTELA.

No es culpa; pero es desvelo,
que nada os puede importar.

ENRIQUE.

Pues, ¿eso decís, Señora,
a un ciego? ¿Cuándo el aurora
no nació para alumbrar?

ESTELA.

Mucho de cielo os escucho;
que os falte podéis temer.

ENRIQUE.

Con vos ¿cómo puede ser?

ESTELA.

¿No veis que le gastáis mucho?
Id con Dios; que en esta aldea
de lisonjas no entendemos.

ENRIQUE.

De la verdad son extremos.

LAURETA.

(A Estela.) Deja que el Señor te vea;
mira.

TIRSO.

Ahora echo de ver
en vuesa maldad, Laureta
que, a más de ser alcahueta,
os retoza el alcacer.

ENRIQUE.

No con rigor inhumano,
que a vuestra belleza iguale,
guardéis la nieve.

TIRSO.

Es que vale
a tres cuartos en verano.

ENRIQUE.

En buen hora me he perdido
en la caza, cuando veo
que me gano en el trofeo
de verme en vos suspendido.
no se halla en Parma mujer
que os iguale en hermosura,
ni en garbo, ni en compostura,
ni en el aire.

TIRSO.

Ni en comer;
que a dos carrillos se traga
un perol de naterones,
dos pavos, cuatro capones,
sin que el hambre satisfaga;
y tiene otras maravillas
muy propias para notar.

ENRIQUE.

¿Cuáles son?

TIRSO.

Sabe envasar
lindamente unas morcillas.

ESTELA.

Vamos, Laureta de aquí;
que esperan los labradores.

LAURETA.

Y vienen como unas flores,
porque veas desde allí
bailes y juegos extraños;
que esta fiesta van a hacer
a tu hermosura, por ser
hoy día en que cumples años.

ESTELA.
Caballero, adiós.

ENRIQUE.
¿Tan presto
os ausentáis?

ESTELA.
Es forzoso.

ENRIQUE.
Temple mi afecto amoroso
aquesa mano.

ESCENA II

CARLOS, de color.-DICHOS.

CARLOS.
¿Qué es esto?
Estela, hermana, ¿tú aquí?

ESTELA.
(Ap.) He de disculpar su acción;
que no sé qué inclinación
tengo desde que le vi.

CARLOS.
Este montero o soldado
¿Hablabas contigo?

ESTELA.
No.
Que es cortés.

TIRSO.
Y lo que habré
fue muy poco y mal habrado.

ESTELA.

Antes anduvo advertido,
cuerdo, prudente...

TIRSO.

Y atento,
pues dijo su pensamiento
medio palmo del oído.

CARLOS.

Caballero, aunque os disculpa
a usar de libres acciones
el ignorar mis blasones,
no estáis ajeno de culpa;
cuando para mayor gloria,
entre esas rústicas greñas,
son pirámides las peñas
donde se escribe mi historia.
y aunque en tan pobres destierros
mi estimación se sujeta
a un caballo, a una escopeta,
dosalcones y dos perros,
con que el rigor importuno
divierte en la soledad,
no excede a mi calidad,
del Duque abajo, ninguno.

ENRIQUE.

(Ap.) ¡Oh qué soberbio y qué vano
da su cuidado a sentir!
Pero ¿quién podrá sufrir
en su rincón a un villano?

ESCENA III

MARGARITA, de caza.-DICHOS.

MARGARITA.

¿Primo Enrique?

ENRIQUE.

Gran Señora,
ya culpaba a vuestra alteza
la tardanza.

MARGARITA.

En la aspereza
tras la garza voladora
se empeñó mi pensamiento,
porque tan alto volaba,
que al ascua del sol rizaba
lo que le peinaba el viento.
Triunfó de su resistencia
el halcón, postró su vida;
mas ¿qué altivez presumida
no la rinde una violencia?

ENRIQUE.

Volar un ave, un azor,
en el monte, gusto ofrece.

TIRSO.

A mí mejor me parece
al fuego en el asador.

CARLOS.

(Ap.) Suspendida en su pintura
tengo el alma; mas ¿qué es esto,
corazón mío? ¿Tan presto
te sujeta una hermosura?
¿Si acaso en mí su luz bella
verá el amor y la fe?
Si yo mismo no lo sé,
¿Cómo lo ha de saber ella?
Pues suspensa en su cuidado,
no me mira, ciega está;
verdad es mi amor, pues ya
comienza a ser desdichado.

VOCES.

(Dentro.) Todos al llano.

ENRIQUE.

El que llega
es el Duque.

CARLOS.

Estela, vamos.

ESTELA.

(Ap. a Carlos) Carlos, dices bien; huyamos

de ese tirano.

CARLOS.

A su ciega
ambición agradecido
estoy, pues logro trocado
todo el afán de un cuidado
por la quietud de un olvido.
(Vanse Carlos, Laureta y Estela.)

TIRSO.

Por más que toquen al arma,
aquí me quedo a porfía,
por ver la filosofía
de aquestos Duques de Parma.
(Retírase a un lado.)

ESCENA IV

EL DUQUE DE PARMA y CRIADOS, de caza.-ENRIQUE, MARGARITA, TIRSO.

DUQUE.

Nada, amigos, me divierte;
no hallo alivio a mi tristeza.

ENRIQUE.

Descanse aquí vuestra alteza.

DUQUE.

Todo es contrario a mi suerte.

MARGARITA.

Señor, esos labradores
que aquí asisten, con placer
te podrán entretener.

DUQUE.

(Ap. Eso aumenta mis temores;
ninguno sabe el motivo
con que a estas montañas vengo,
ni el remedio que prevengo
a las dudas con que vivo.)
Enrique, a ese hombre llamad.

ENRIQUE.

Llegad; que os llama su alteza.

TIRSO.
¿Dice a mí?

ENRIQUE.
Sí. (Ap. ¡qué rudeza!)

TIRSO.
Mírese en ello.

ENRIQUE.
Llegad.

TIRSO.
Ello es cierto, claro está...
(Ap. Temblando estoy de temor.)
Digo, ¿no será mejor
que se llegue el Duque acá?

ENRIQUE.
Ponéos bien, y con cordura
os postrad.

TIRSO.
Hombre, ¿te crías
regidor de cortesías,
que me enseñas la postura?
Déme su noble insolencia
la pata.

DUQUE.
Del suelo alzado.

TIRSO.
Porque a su paternidad
(Mal dije), a su reverencia,
todo lo pienso besar.
No se me ponga a destajo
su merced; desde alto a bajo
alguno le ha de acertar.

DUQUE.
¿A quién servís?

TIRSO.

A mi amo.

DUQUE.

¿Tiene mucha gente?

TIRSO.

No.

DUQUE.

Y vos ¿cómo os llamáis?

TIRSO.

¿Yo?

¿Qué sé yo cómo me llamo?

DUQUE.

¿Carlos no es vuestro amo?

TIRSO.

Él es.

DUQUE.

¿Es Carlos bien inclinado?

TIRSO.

Sí, Señor; no es corcovado
ni cojo, aunque es muy cortés.

DUQUE.

¿Qué hace? ¿En qué se entretiene?

TIRSO.

Caza por toda esta sierra,
a todo bruto hace guerra,
a la labranza va y viene;
y allá tal vez en las eras
viendo a los bolos jugar
a todos suele birlar,
porque los birla en hileras,
como escuadrón.

DUQUE.

¿De continuo
lo suele hacer?

TIRSO.

Sí, Señor;

mas lo que birla mejor
es un jamón de tocino;
un oso entero desgarrá,
corre y brinca, ¡pesia tal!
y con él ningún zagal
se atreve a tirar la barra;
pues si alguno le provoca
a luchar, le hace pedazos;
si con vos llega a los brazos,
os hará abrir tanta boca.
También con los camaradas
labradores se entretiene;
a los naipes juega, y tiene
azar con el rey de espadas.
«¡Que siempre aquesta figura
me gane!» suele decir;
«Algún día ha de venir
sobre este azar mi ventura.»

DUQUE.

(Ap. Mi temor, con su rudeza,
la ponzoña apura al vaso.)
Y Carlos ¿muéstrase acaso
amigo de la riqueza?

TIRSO.

No, Señor; antes arguyo,
según es de liberal,
que de todo su caudal
lo que tiene es menos suyo.
Suele decir con valor
que el dinero por arrobas
viene de casta de lobas,
pues se va al hombre peor.

DUQUE.

¿No se queja acá en sus males
de haber perdido un ducado?

TIRSO.

¿Quieres que le dé cuidado
cosa que monta once reales?
Con desprecio y sin temor
afirma que es descendiente
de un emperador.

DUQUE.
No miente,
su sangre es de la mejor.
(Ap. No fue mi recelo vano.)

TIRSO.
Y no hará caso de ti.

DUQUE.
Calla, calla. -Echad de aquí
a este bárbaro villano.

TIRSO.
¡Que me echen! ¿Aqueso dudas?
Paso a paso, y por mi pie,
Señor, yo mismo me iré;
que no he menester ayudas. (Vase.)

DUQUE.
Los criados despejad.

CRIADOS.
Ya todos nos retiramos. (Vanse.)

ESCENA V

EL DUQUE, MARGARITA, ENRIQUE.

DUQUE.
Pues solos los tres estamos,
hija, sobrino, escuchad:
después que César, mi primo.
Duque de Parma, aquel feudo
pagó a la muerte a que estamos
por deuda común sujetos,
por más cercano en la sangre
tomé posesión del reino;
si bien fuego, a pocos días,
alteró aqueste pretexto
un testamento cerrado
que dejó César, diciendo
que sólo a Carlos dejaba
por legítimo heredero,
como hijo natural suyo.
Ventilóse en Parma el pleito;

quedó el derecho de entrambos
en igual balanza puesto.
Pero Carlos, descuidado,
sin atender a este empeño,
dejó dormir su esperanza
a la sombra, al halagüeño
letargo de un torpe olvido;
cuando entonces, más despierto
en la pretensión, mi orgullo
solicitaba los medios,
pues siempre con el descuido
viene el mérito a ser menos,
y las diligencias nobles
dan lustre al merecimiento.
Sentencióse en mi favor
(con justa razón) el pleito.
(Ap. Recato la tiranía
con que injustamente tengo
usurpada esta corona,
pues la dicha que poseo
al soborno la he debido,
a la industria y al ingenio.)
Y después que me juraron
de Parma absoluto dueño,
prevenido a lo quejoso
de Carlos, dispuse atento
darle esa pequeña aldea
por limitado alimento,
siendo su patria ese monte,
su corte ese rudo centro,
donde retirado viva;
con límite, con precepto
que de su esfera no salga.
Evité con esto el riesgo
que pudo haber de que Carlos
levantase, al feliz eco
de mis fortunas y aplausos,
algún vano pensamiento;
que a vista de un venturoso
vive un infeliz violento,
y más si su queja es justa;
porque se hace en nobles pechos
tanto lugar un quejoso,
que de su mísero acento
tal vez suele originarse
la turbación de un imperio.

Y aunque me hallo asegurado
de su parte, conociendo
su humildad y mi poder
(Que es política que observo
que ningún vasallo goce
la grandeza con exceso,
pues de ser la suya más,
viene la mía a ser menos);
con todo, no sé qué asombro,
qué presagio o qué recelo
acá en el pecho me asusta
que se me figura en sueños
que Carlos me tiraniza
la vida, el poder y el reino.
Bien pueden ser ilusiones
de la idea, no lo niego
ni tampoco mi valor
se rinde aquí; mas supuesto
que el corazón adivina
tal vez futuros sucesos,
y de brevísima llama
suele nacer grande incendio,
lo que resuelvo es que vayas
a ver, con algún pretexto,
a Carlos, y que examines
si vive aquí descontento,
si le inquieta algún cuidado,
si adolesce de algún riesgo;
siendo un Argos vigilante
del menor indicio dellos.
Proponiéndole memorias
acaso de su destierro,
rastrearás en sus razones
el color de sus intentos;
pues sólo para esta acción
a aquestas montañas vengo.
Muéstrate de mí quejoso,
y en fin, apura su pecho;
que es de calidad la envidia,
o el áspid de un sentimiento,
que por la boca y los ojos
brota el oculto veneno.
Siempre, Enrique, la cautela
fue virtud; por ella vemos
que a la duración vincula
un rey su heroico respeto;

que aquellas doradas puntas
de la corona y el cetro,
aun más que para el adorno,
para el aviso se dieron,
para que hiriendo el discurso,
se reconozca su peso,
que aunque hacia el aire tremolen,
se han de sentir hacia dentro.
Aquesta razón me obliga
ver y registrar atento
las intenciones de Carlos,
porque asegurado en ello,
logre mi asombro un alivio,
mi fantasía un sosiego,
ni sospecha un desengaño,
una verdad mi recelo,
mi cuidado una evidencia,
y mi duda un desempeño.

ENRIQUE.

De tus designios, Señor
verás logrado el intento,
que de tu discurso es cuerda
prevención.

MARGARITA.

(Ap.) ¡Válgame el cielo!
¡Tanto vale aqueste Carlos,
que causa un desasosiego
a mi padre!

DUQUE.

Margarita,
pues que tu divertimento
ha cesado con la caza,
vuélvete a Parma. Y tú luego,
Enrique, haz lo que te encargo;
que en esta parte te espero
para ver lo que resulta
de lo que dudoso temo. (Vase.)

ENRIQUE.

Va los monteros aguardan,
Señora; lo que más siento
es que en aquesta ocasión
no he de poder ir sirviendo

a vuestra alteza.

MARGARITA.

¿Qué importa,
si el cuidado os agradezco?

ENRIQUE.

Él os guarde.

MARGARITA..

(Ap.) No sé qué en el alma llevo
de la memoria de Carlos,
que me inquieta el pensamiento. (Vase.)

ESCENA VI

ENRIQUE.

ENRIQUE.

¡Que en el Duque una sospecha
tan vana y sin fundamento,
de un hombre sin fuerza, sea
bastante a darle recelo!
Obedecerle es forzoso;
pero aquí vienen, saliendo
de fiesta, los labradores:
verlos desde aquí pretendo.
Sin duda el que antes habló
era Carlos; a su tiempo
buscaré modo de hablarle;
que agora todo suspenso
en la hermosura de Estela
mi amor con su vista aliento.

ESCENA VII

TIRSO, LAURETA, MÚSICOS, LABRADORES; detrás, CARLOS y ESTELA.

ENRIQUE.

Cojamos la rosa
de la edad veloz
antes que el invierno
marchite su flor.
Dábale con el azadoncito,

dábale con el azadón.
De su primavera
todos gocen hoy;
que a los verdes años
el tiempo es traidor.
Dábale, etc.

CARLOS.

(Ap.) ¡Que ten presto en mi memoria
sembrase amor sus incendios!

ESTELA.

(Ap.) ¡Que tan presto en mi cuidado
hiciese su vista efecto!

CARLOS.

¡Qué mucho, si su hermosura...

ESTELA.

Mas ¡qué mucho, si su ingenio...

CARLOS.

Arrebató mis sentidos!

ESTELA.

Inclinó mis pensamientos!

CARLOS.

(A Estela.) Querida hermana, ¿tú triste?

ESTELA.

¿Tú, hermano mío, suspensio?

CARLOS.

No es suspensión, sino duda
de ver que en tu rostro bello
turba la melancolía
el rosicler de su cielo.

TIRSO.

Tiene razón de estar triste,
que cumplir años no es bueno,
ni da gusto con los años
el andar en cumplimientos;
pues fuera más acertado
hacer aqueste festejo,

no por tener más un año,
sino por tenerle menos.

LAURETA.

Pues, tonto, ¿cómo es posible?

TIRSO.

Yo sé, Laureta, un remedio.

LAURETA.

¿Para tener menos años?

TIRSO.

Sí, Laura.

LAURETA.

Pues dile presto.

TIRSO.

Mira, ahórcate, y verás
cómo lo que digo es cierto.

LAURETA.

Bestiaza.

TIRSO.

Vos sois la bestia;
mas aun no sabéis ser eso;
que si una mujer hiciera
lo que una bestia, es muy cierto
que, cerrando por la boca,
no hubiera chismes ni cuentos.

CARLOS.

Humildes vasallos míos,
amigos y compañeros,
de vuestro festivo aplauso
la fineza os agradezco;
y creed que más estimo
ser de aquesta aldea dueño
que absoluto rey del mundo.
Gustoso vivo y contento;
que si la dicha consiste
del ánimo en el sosiego,
yo solo feliz me llamo,
pues con vosotros le tengo.

ESTELA.
Para la fiesta este sitio
no me agrada.

CARLOS.
Al arroyuelo
nos vamos de aquél cercado,
y para divertimento
hoy de tu tristeza, vaya
la música prosiguiendo.

MÚSICA.
Cojamos la rosa
de la edad veloz
antes que el invierno
marchite su flor.
Dábale, etc.

(Vase Tirso con los músicos y labradores)

CARLOS.
¿No te entretiene esta ruda
canción?

ENRIQUE.
Carlos, detenéos;
que tengo un poco que hablaros.

ESTELA.
(Ap. a Laureta.) ¿No es éste aquel caballero,
Laura, que aquí estuvo ahora?

LAURETA.
Sí, Señora; él es, el mismo.
Ven, ¿qué aguardas?

ESTELA.
Ya es mejor,
Laura, este sitio que dejo.

(Vase con Laureta.)

ESCENA VIII

CARLOS. ENRIQUE.

ENRIQUE.

La obligación de serviros
me toca por dos respetos:
el uno es saber quién sois,
cuyo ilustre nacimiento
ignoré la vez primera
que os hablé; el otro es el veros
capaz de mayor fortuna,
y explicar el sentimiento
que tengo de que viváis
en este infeliz destierro.
Yo soy Enrique, que al Duque
asisto por ser su deudo,
si bien también, como vos,
de su ingratitud me quejo.

CARLOS.

¿Yo quejarme? Ése es engaño,
y no lo acertáis en eso;
que el Duque, como tan justo,
premiará vuestros afectos.
Acompañar a su alteza
os miré, y tuve por nuevo
que su hermosura pisase
este sitio.

ENRIQUE.

Es con extremo
inclinada Margarita
a la caza, y su deseo
se emboscó por estos montes.

CARLOS.

Es un singular portento
de hermosura.

ENRIQUE.

Los criados
que aquí se junten espero
para volver a la corte.

CARLOS.

Mirad vos si en algo puedo
serviros en esta aldea,

que será honrarme de nuevo.

ENRIQUE.

Muy buena casa tenéis
para ser tan corto el pueblo.

CARLOS.

Todo le vendrá sobrado
al que no fuere avariento.

ENRIQUE.

¡Que a un hombre de tal valor
tenga el Duque retirado
y en tan abatido estado!

CARLOS.

Aqueste me está mejor.
En el lugar más subido,
que llama el mundo ventura,
suele el que más se asegura
caer de desvanecido.
Arranca el airado viento
todo un roble en la montaña,
y por humilde la caña
burla su impulso violento.
Y así, es justo agradecer
al Duque haberme humillado,
pues que me tiene en estado
donde no puedo caer.

ENRIQUE.

¿No os acordáis, es posible,
del agravio que os han hecho?

CARLOS.

Acuérdome deste techo
sosegado y apacible,
en cuya alegre clausura
me sirven, mas llanamente,
de puro espejo esta fuente,
de trono esa peña dura,
de palacio suntuoso
todo ese monte encumbrado,
y este olmo verde y copado
de dosel más venturoso;
pues esotro se envejece,

y es menester renovalle,
y éste no, porque en el valle
por cuenta de abril florece.
Luego por más oportuna
esta vida me conviene,
que es grandeza en que no tiene
jurisdicción la fortuna.

ENRIQUE.

¿No es para vuestro deseo
triunfar de envidia cruel?

CARLOS.

Sólo el campo es el papel
donde mi esperanza leo
y donde mira el cuidado,
siguiendo el norte a su aguja,
letras que a surcos dibuja
tosco el pincel del arado;
y porque el discurso avive
en sus rústicas lecciones,
yo señalo los renglones,
y el tiempo tire los escribe;
y con ser cuaderno bruto,
desempeña mis congojas,
pues siempre logro en sus hojas
la seguridad del fruto.

ENRIQUE.

¡Posible es que de un estado
se olvide su propio dueño!

CARLOS.

Acuérdome de que es sueño
todo su triunfo y sobrado.
¿Puedo comer y vestir
más que por un hombre? No.
Y si lo que tengo yo
me basta para vivir,
si lo que suele sobrar
no se puede poseer,
yo ¿para qué he menester
lo que no puedo gozar?

ENRIQUE.

Sí; pero ¿que vuestro porte

no se irrite al deshonor
de ver que os tiene un rigor
retirado de la corte?

CARLOS.

Antes viene a ser piedad
su rigor, si bien se mira;
que allá reina la mentira,
y aquí vive la verdad.
Mira con qué sencillez
vive aquí cualquier villano,
cuando allá el más cortesano
tiene por gala el dobléz.
Aun en casas y edificios
la hay también, porque lo adviertas,
pues todas tienen dos puertas
que de dobléz dan indicios;
luego el Duque, si reparas,
hizo en quitarme, mercedes,
de donde hasta las paredes
enseñando están dos caras.
Aun en la corte la rosa
no es tan bella ni encarnada;
que allá, por ser más mirada,
viene a ser menos hermosa;
que el hombre más oportuno
y más bizarro en sus modos,
siendo tratado de todos,
no es amado de ninguno.
El uno le habla risueño,
el otro muy mesurado,
y si le ven roto, ajado,
todos le miran con ceño.
No vivan pues mis sentidos
entre hombres tan ignorantes,
que se ponen los semblantes
del color de los vestidos.

ENRIQUE.

Al valor corta las alas
el que intenta retirarse.

CARLOS.

Mejor es eternizarse,
dejando plumas y galas.
¿Acaso dará más gloria

en el siglo venidero
una pluma en el sombrero
que un renglón en la memoria?

ENRIQUE.

Ya que del mundo y de vos
hacéis tan sabios reparos,
no pienso más replicaros.
Mi gente aguarda.

CARLOS.

Id con Dios;
que más quiero oír cantar
esos zagales que veis,
que cuanto vos me podéis
de vuestra corte acordar.

ESCENA IX

ENRIQUE; luego, EL DUQUE

ENRIQUE.

¡Válgame el cielo! que un hombre
como Carlos, tan contento
viva con su pensamiento.
Justo es que el caso me asombre.
Él vive desengañado;
hace bien, que acuerdo ha sido,
adonde no es conocido,
vivir el que es desdichado.

(Sale el Duque.)

DUQUE.

Dudoso y confuso espero
que me digas si estuviste
con Carlos, y si en él viste
lo que de su queja infiero.

ENRIQUE.

Sí, Señor, con él estuve;
templar puedes tu recelo,
porque Carlos...

DUQUE.

Ruego al cielo
no eclipse el sol esta nube
dime toda la verdad.

ENRIQUE.

Digo que vive gustoso,
y en lugar de estar quejoso,
da muestras de su lealtad;
es brioso, despejado,
y sabio con tales veras,
que si tú mismo le oyeras,
le quedaras inclinado.
No he visto en toda mi vida,
hombre más gallardo; espanto
es ver...

DUQUE.

No le alabes tanto.
(Ap. Sospecha, detén la herida.)
¿Que, en fin, tan contento vive
en su estado?

ENRIQUE.

Sí, Señor.

DUQUE.

¿No ves que es áspid traidor
la cautela, y se apercibe
con humildes rendimientos;
pues tal vez de la humildad
hace capa la maldad
para lograr sus intentos?
Y así, tú luego al instante
a Carlos me has de llevar
a palacio; he de apurar
ni recelo en su semblante.
Hacer quiero a mi despecho
hoy una experiencia fiel,
por ver si descubro en él
algo de lo que sospecho.

ENRIQUE.

Ya parto de tu presencia,
si bien me parece ociosa
la diligencia.

DUQUE.
Es forzosa
Enrique, esta diligencia.

ENRIQUE.
Yo sé que estás dél seguro.

DUQUE.
No lo sé, amigo; ve luego
a buscarle. No sosiego,
pues temo daño futuro. (Vase.)

ENRIQUE.
Hoy, Carlos, de tu fortuna
voy a ser ciego homicida,
porque veas que en la vida
no hay seguridad alguna.

Galería del palacio, adornada con tapices.

ESCENA X

MARGARITA, UnA CRIADA, ACOMPÑAMIEntO.

MARGARITA.
Bien podéis dejarme sola
en aquesta galería,
que a ese jardín corresponde.
¡Ay de mí!

CRIADA.
Señora mía,
es tan desusada y nueva
tu tristeza, que me obliga
a preguntarte la causa.

MARGARITA.
La grande melancolía
me la suspende en la voz.

CRIADA.
No quiero hacer compañía
a tus males, porque a un triste
más la soledad le alivia.

(Vase con el acompañamiento.)

ESCENA XI

MARGARITA.

MARGARITA.

¡Que me obligue a desear
lo que no he visto en mi vida,
solamente una memoria
de Carlos! Pero la vista
¿no tiene en las voluntades
jurisdicción? La noticia
puede inclinar un deseo,
pues la razón que me obliga
a querer verle, es saber
las partes que le acreditan;
y sobre todo, un piadoso
afecto que me lastima
de ver que, siendo mi sangre,
en tanta estrechez viva.
Aquella flor amorosa,
que sigue al sol, no limita
su afición, aunque entre nubes
le vea esconder su activa
llama; el carbón de esmeralda
le sopla el aura a caricias;
y con ademán airoso,
torciendo el cuello, se inclina
hacia aquella parte donde
su rojo esplendor retira.
Secreto es de las estrellas,
que en mí y en la flor se cifra,
y las dos adolecemos
de la memoria y la vista:
ella quiere la evidencia,
yo me inclino a la noticia.
Mas mi padre...

ESCENA XII

EL DUQUE.-MARGARITA.

DUQUE.

¡Oh, lo que pesa
una corona adquirida!
Parece dulce al mirarla,
pero pesada al sufrirla

MARGARITA.
Suspense y confuso viene
vuestra alteza.

DUQUE.
Cada día
crece en mi pecho el cuidado
de Carlos.

MARGARITA.
De su osadía
¿Vio Enrique algunos indicios?

DUQUE.
No, pero mi duda aviva
su gran sosiego; que en él
presumo alguna malicia.

MARGARITA.
Un hombre bárbaro y tosco
que entre peñascos se cría,
¿Por qué ha de darte cuidado?

DUQUE.
Dice Enrique que en su vida
vio mancebo más discreto;
y esto es lo que más me irrita,
pues tal vez obra el discurso
lo que el corazón no anima.

MARGARITA.
(Ap.) Al paso de su alabanza,
crece en mi amor la porfía.

DUQUE.
He mandado que a palacio
le traigan...

MARGARITA.
(Ap.) ¡Qué escucho, dichas!

DUQUE.

Para ver si en sus razones
mi sospecha se confirma.

ESCENA XIII

ENRIQUE.-DICHOS.

ENRIQUE.

Ya, Señor, como mandaste,
traje a Carlos, sin que rinda
la opinión en lo conforme
de su suerte.

DUQUE.

Tú le obliga
con aparentes halagos,
por las salas más lucidas
le conduce, las alhajas
le enseña de más estima,
por si acaso se arrebatara
con esto su fantasía
a desearlo por suyo;
que es de calidad la envidia,
que lo visible recuerda
a la atención más dormida.

ENRIQUE.

Haré, Señor, lo que mandas. (Vase.)

DUQUE.

(Ap.) Mi pena no se mitiga
hasta apurar el presagio
que el temor me pronostica. (Vase.)

MARGARITA.

Pues ya que todos se han ido,
quiero quedarme escondida,
por ver a quien tanto alaban,
y descifrar este enigma. (Escóndese.)

ESCENA XIV

ENRIQUE, CARLOS, TIRSO.-MARGARITA, oculta.

ENRIQUE.

Mientras que su alteza sale,
acabad de ver la rica
ostentación deste cuarto.

TIRSO.

Su colgadura es lucida;
estas figuras que tiene,
¿no dirá qué significan?

CARLOS.

Son los blasones de Rut.

TIRSO.

Y no puede ser más linda;
que los jamones de Rute
extremadamente abrigan.
Y ¿quién es aquel hombrón
que pintado se divisa?

CARLOS.

Goliat, aquel gigante.

TIRSO.

Ese gigante Folías
debía de ser barbero.

MARGARITA.

(Al paño.) Con aire y despejo pisa.

TIRSO.

Y aquesta ninfa desnuda
quién es?

CARLOS.

La musa Talía,
la que infunde a los poetas.

TIRSO.

Por eso está sin camisa.
Y ¿aquel que guarda los puercos?

CARLOS.

El hijo pródigo.

TIRSO.

¡Ansina!

¿El que estaba hambriento?

CARLOS.

Él propio.

Él hizo una bobería
en tener hambre; ¿por qué
un lechón no se comía?

¡Qué tostado está del sol,
lleno de trapos! Debía
de ser ropero de viejo.
Y ¿quién es aquél?

CARLOS.

Desvía.

MARGARITA.

Mucho mejor es el talle
de lo que pensé.

ENRIQUE.

Quería
preguntaros qué os parece
aquesa tapicería.

CARLOS.

Aún mejor me pareciera
si, cuando entrando venía,
no encontrara algunos hombres
rotos y en miseria esquiiva.

ENRIQUE.

Pues ¿qué tiene que ver eso
con lo que os pregunto?

CARLOS.

Es hija
de este afecto la razón,
pues me parece injusticia
que estén los hombres desnudos
y las paredes vestidas.

MARGARITA.

Vamos despacio, cuidado;
amor, no os deis tanta prisa.

TIRSO.

Yo, si fuera el Duque, hiciera
colgaduras de cecina,
y me engordaran mejor;
ve aquí que llegaba un día
que no había que comer,
echaba entonces con prisa
medio tapiz en la olla,
y en carne se me volvía.

ENRIQUE.

¿No os agrada esa grandeza?
El oro ¿no os da codicia,
que es el que honra el valor
y la nobleza acredita?

CARLOS.

¿Cómo puede acreditar
una cosa tan indigna,
que por medios viles puede
de cualquier ser adquirida?
La razón, porque le encubre
la tierra, no es entendida.
¿Piensan que por ser precioso
en su centro le retira?
Pues no lo hace de avarienta,
antes sí de compasiva;
como quien dice: «Hombre ciego,
que a este metal tanto aspiras,
quitarle quiero a tus ojos,
sólo por ver si le olvidas;
que el hacértelo imposible,
es piadosa tiranía
para que tú no le busques;
que es rigor, si bien lo miras,
que lo que tan poco vale
te cueste tanta fatiga.»

MARGARITA.

Por instantes va creciendo
mi amor; más quien no se inclina
a un discreto, mucho ignora.

ENRIQUE.

Si por mejorar de vida

os quisiesen dar el reino,
¿Qué hicierais?

TIRSO.
Lo aceptaría.

CARLOS.
No hiciera tal.

TIRSO.
¿Cómo no?
Señor, mi amo delira;
hace versos, come poco,
y es filósofo de esquina.
Di que sí, hombre del diablo,
valga el demonio tus tripas.
¿Tus estados no te dan?
¿Han de darte alcafonías?

CARLOS.
No acetara.-Aparta, loco.

ESCENA XV

EL DUQUE.-DICHOS.

(Sale Margarita de donde estaba oculta.)

DUQUE.
¿Qué es aquesto?

TIRSO.
(Ap.) En la ceniza
dimos con todos los huevos.

ENRIQUE.
Una ingeniosa porfía
de Carlos, que menosprecia
su grandeza.

DUQUE.
(Ap. Hipocresía
puede ser ésta.) A mis brazos
llega, Carlos.

CARLOS.

En ti cifra
todo su ser mi esperanza.

DUQUE.

Siempre mi afecto te estima,
pues bien sabes que no ignoro,
Carlos, que eres sangre mía.
Yo te he llamado, por ver
que indignamente asistías
en la aldea; pero ahora
con más piadosa caricia,
porque mejores de suerte,
quiero que a mi lado vivas,
y así gusto que en palacio
te quedes. (Ap. Si me replica,
es un indicio eficaz
de que venganzas fabrica.)

MARGARITA.

(Ap.) Pluguiera a Dios se quedara.
Ea, alentemos, desdichas.

DUQUE.

¿No respondes?

CARLOS.

(Ap. La atención
me arrebató Margarita.)
Señor, como acostumbrado
a aquella rústica vida,
de pena, y no de regalo,
me servirán las delicias.

TIRSO.

Él, gran Señor, no hace caso,
de capones y gallinas,
y voto al sol, que en el monte,
no se ve hartado de migas;
es un necio, un ignorante.-
hombre, acepta.

CARLOS.

Necio, quita.

TIRSO.

¿Te hacen príncipe y no quieres?
¿Qué intentas? ¿Qué determinas?
¿Quieres ser sastre o frutero?

DUQUE.
¿Qué resuelves?

TIRSO.
No replica;
dice que quiere quedarse,
con condición, y precisa,
que se le prevenga el cuarto
dentro de vuestra cocina.

DUQUE.
Esto no es violencia, Carlos;
libre te dejo a que elijas.

CARLOS.
Yo, Señor, más me acomodo
a aquella apacible vida
del campo, donde mis años
logran la edad más florida.
Aquí a todos falta el tiempo.
Que es la más preciosa y rica
joya del mundo, allá sobra:
luego goza de más dicha
quien posee lo mejor;
luego, allí logro más vida,
que al sobrarme el tiempo, es fuerza
que se me alarguen los días.

DUQUE.
(Ap. Mi sospecha ha sido cierta,
cuya razón se confirma.)
Parece que contradice
a tu valor ver que estimas
más la quietud que la guerra.

CARLOS.
Pues tú, Señor, ¿en tranquila
paz no gozas tus estados?
Si osada alguna provincia,
contra mi patria y tu frente
alzara la suya altiva,
entonces, trocando el ocio

por la militar fatiga,
me temblara el mundo, asombro
contra su rebelde cisma.
La furia usurpando al rayo,
(Arrebatándose.)
que bastarda nube abriga,
la deshiciera de suerte,
que aun del sol la crencha riza,
arrastrada a los impulsos
de mi enojo y de mis iras,
la ultrajara, porque fuese
triumfo de tu planta invicta;
porque a mi valor...

DUQUE.

Detente.

¿Que aqueso hicieras?

CARLOS.

Sí, haría.

TIRSO.

Que aunque somos pollos crudos,
no es lo mismo ser gallinas.

DUQUE.

(Ap. Vive Dios que le he temido,
y que el valor que publica
a efecto mayor conduce
su pretexto: bien lo indica
el impensado accidente
con que de su pasión misma
se dejó llevar. No hay duda,
para templar su osadía
prenderle será mejor,
que lo que ha dicho es enigma
de su intención; asegure
su prisión mi tiranía.)
pues ya que tu ingratitud
antepone a mi caricia
el gusto de vivir solo,
y mi lado desestimas,
quiero dejarte en tu error;
que pues mi amor no te obliga,
digno eres deste desprecio,
aunque tienes sangre mía. (Vase.)

TIRSO.

Y ¿qué importa que los dos
seáis de una sangre misma,
si tú te quedas relleno,
y Carlos tripa vacía?

CARLOS.

Pues yo ¿qué ocasión he dado,
gran Señor, que así te irritas?

ENRIQUE.

No es poca, Carlos, pues cuando
con la ventura os convida
su alteza, vos, desatento,
dais motivo a que se diga
que de vuestros ascendientes
ajáis la nobleza antigua,
oscureciendo entre peñas
tanta estirpe esclarecida. (Vase.)

ESCENA XVI

CARLOS, MARGARITA, TIRSO.

MARGARITA.

Y con razón, pues quien nace
como vos, por sí se obliga
a mayores vencimientos,
pues supone cobardía
quien no intenta empresas altas.

CARLOS.

Ha sido mi suerte esquiva.

MARGARITA.

¿Qué sabéis vos si en la corte
os espera alguna dicha?

CARLOS.

Una sola, gran Señora,
espero; mas, como dista
tan lejos de lo posible,
me acobarda y me retira.

MARGARITA.
¿Qué dicha es ésta?

CARLOS.
Una sombra
que engendró mi fantasía,
y porque soy desdichado,
el tiempo me la limita.

MARGARITA.
¿Dicha llamáis a una sombra?
Eso parece que implica
a lo que decís.

CARLOS.
Pues ¿cuándo
no han sido sombras las dichas?

MARGARITA.
Pues decidla.

CARLOS.
Es arriesgarla.

MARGARITA.
¿Qué riesgo tiene?

CARLOS.
Algún día
lo sabréis.

MARGARITA.
Yo, ¿para qué?
Carlos, cuando la osadía
falta en los pechos bizarros,
y sólo al sosiego aspiran
de las dichas, no se quejen
nunca, pues si bien se mira,
quien no supo pretenderlas,
muy mal sabrá conseguirlas. (Vase.)

ESCENA XVII

CARLOS, TIRSO.

CARLOS.

(Ap.) ¿Qué es esto que por mí pasa?

Qué oscura nube la vista
me ciega a injustos silencios
que de mí propio me olvidan
¡Válgame el cielo! ¡Otro goza
esta corona que es mía,
y por omiso me ultraja
el propio que me la quita!
sin duda en torpe letargo
tengo la atención dormida,
pues mis propios enemigos
a que despierte me avisan.
Ea, valor, ¿para cuándo
guardáis las constantes iras?
¿no soy yo dueño absoluto
de Parma? No lo publica
mi razón? Pues cómo sufro
de un tirano esta injusticia?
¿Así de mis ascendientes
vengo la ilustre ceniza
de tanto laurel agosto,
que el duro bronce eterniza?
Vuelva la lisonja verde
a enlazar mi frente altiva.
De mi primo el de Milán
cartas tengo, en que me avise
que ha de restaurarme el reino;
justo será que yo admita
su favor; escribiréle
para que de mí inducidas
sus huestes, talando a Parma,
mi ofensa el tirano gima.

ESCENA XVIII

ENRIQUE, SOLDADOS.-DICHOS.

ENRIQUE.

(Deteniendo a Carlos.) Tened, Carlos.

CARLOS.

Pues ¿qué es esto?

ENRIQUE.

Que os deis a prisión.

TIRSO.

Maldita
sea el alma que tal diera.

CARLOS.

¿Qué razón...

ENRIQUE.

No hay que inquirirla;
que el que lo manda la sabe,
y vos no ignoráis su enigma.

CARLOS.

Si es culpa el ser infeliz,
justo precepto le anima.

ENRIQUE.

Carlos, yo sólo ejecuto
lo que el Duque determina.-
Guardas, llevadle a esa torre.

ESCENA XIX

MARGARITA.-DICHOS.

MARGARITA.

Esperad.

CARLOS.

(Ap.) ¡Qué es lo que miran
mis ojos! Sólo mi enojo
pudo templar Margarita.

MARGARITA.

¿Qué es esto?

ENRIQUE.

A llevar a Carlos
preso, vuestro padre envía.

MARGARITA.

¿Por qué culpa?

ENRIQUE.
Él no la ignora.

MARGARITA.
Es crueldad.

ENRIQUE.
Él la examina.

MARGARITA.
A sí se agravia.

ENRIQUE.
Él lo entiende.

MARGARITA.
Es rigor...

ENRIQUE.
No es injusticia.

MARGARITA.
A su sangre.

ENRIQUE.
Es poderoso.

CARLOS.
Gran Señora, (Ap. amor, albricias,) pues ¿vos volvéis por mi causa?

TIRSO.
(Ap.) La boca se le hace almíbar.

MARGARITA.
(Ap. Para encubrir mi pasión me preste amor su osadía.)
No es volver por vuestra causa, Carlos, sino por la mía.
A mí ¿qué puede importarme vuestra libertad? Estriba solamente esta piedad en ver que si se publica vuestra inocencia en el reino, puede haber una ruina, y antes que otro lo mormure,

mejor es que yo lo diga.

ENRIQUE.
Carlos, venid.

MARGARITA.
No; sin guardas
le llevad.

EnRIQUE.
Piedad sería,
mas su alteza me ha mandado
que así sea.

MARGARITA.
¡Cosa indigna!
¿Quién pudo mandarlo?

ESCENA XX

EL DUQUE.-DICHOS.

DUQUE.
Yo,
pues la razón que me obliga
a prenderle, en mi secreto
se reserva y justifica.
Llevadle.

CARLOS.
Señor...
DUQUE.
No es tiempo
de escucharte, Carlos.

MARGARITA.
Mira...

DUQUE.
No hay qué mirar.-¿Ya no he dicho
que le llevéis?

CARLOS.
Si es precisa
esta violencia, gustoso

he de obedecer.

DUQUE.

(Ap.) Resista
todo mi temor la industria. (Vase.)

MARGARITA.

(Ap.) ¡Ay cielos!

CARLOS.

(Ap.) ¡Ay Margarita!

ENRIQUE.

Rigor el Duque ha mostrado. (Vase.)

CARLOS.

(Ap.) Sin calma voy.

MARGARITA.

(Ap.) Voy sin vida.

CARLOS.

Porque la dejo en sus ojos.

MARGARITA.

Porque siento su desdicha. (Vase.)

TIRSO.

Carlos, déjate prender;
que nuesa aldea me avisa
que he de ser alcalde ogaño,
y te guardaré josticia.

JORNADA SEGUNDA

Salón del palacio.

ESCENA I

EL DUQUE DE PARMA, MARGARITA, ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

Esto, Margarita, es cierto;

mira ahora si fue error
tener tan justo temor.

MARGARITA.

No porfío, mas te advierto,
Señor, que Carlos está
en su prisión, olvidado
de tu corona y tu estado;
sólo cuidado le da
ver que el uso no posea
de su agreste inclinación:
todos sus deseos son
la caza, el campo y la aldea.
Y si el Duque de Milán
rompe la guerra contigo,
ya sabes que es tu enemigo;
otros motivos tendrán
sus armas, sin el aviso
de Carlos, que no le llama.

DUQUE.

Nunca ha mentido la fama,
y en este caso es preciso.
Del de Milán por mi estado
el ejército entra ya;
¿Qué seguridad habrá
que dél no ha sido llamado?
Margarita, este recelo
que en mí tiene el corazón,
en quien jamás hay traición,
le ocasiona mi desvelo;
y el medio que hay de saber
la verdad, porque mejor
se remedie...

MARGARITA.

¿Qué es, Señor?

DUQUE.

Que tú te entrases a ver.

MARGARITA.

¿Yo, Señor?

DUQUE.

Pues ¿por qué no?

¿A tu primo fuera exceso,
cuando importa?

MARGARITA.

No. (Ap. más eso
lo estoy deseando yo.
¡Qué poco mi padre alcanza,
pues no ve que mueve así
una inclinación en mí,
y en Carlos una venganza!)
Y ¿qué he de intentar, Señor?

DUQUE.

Este mozo, Margarita,
si de su agravio se irrita,
tiene sobrado, valor
para arrojarse al empeño
de quitarme la corona;
lo más de Parma blasona
que es su legítimo dueño.
Si sus parciales le ven,
Él es discreto, prudente,
sagaz, osado y valiente;
y si supiese también
que el de Milán por mi estado
entra ahora en su favor,
no fuera en vano el temor
de que aún no me he asegurado.
Tu hermosura singular
a toda Parma admiró;
si él la ve, no dudo yo
que le puedas inclinar,
y que su inclinación sea
el medio más eficaz
con que tu industria sagaz
averigüe, escuche y vea
su Pecho, y si al de Milán
ha llamado, y si ha querido
restaurar lo que ha perdido,
o a qué sus intentos van;
que si él es tan atrevido
que se mueve a tu hermosura,
no hay duda de que es segura
la sospecha que he tenido.
Margarita, este cuidado
venza tu industria fiel.

MARGARITA.

Pues si me casas con él,
todo queda remediado.

DUQUE.

¿Qué es casarte? ¿A esa indecencia
se humilla tu pensamiento,
y aspira tu casamiento
Mántua, Ferrara y Florencia?
Y cuando dicha mayor
tu estado no multiplique
con otro príncipe, Enrique,
tu primo, ¿no era mejor?

MARGARITA.

Pues ¿tú no dices, Señor,
que le procure inclinar?

DUQUE.

Sí, mas para averiguar
con la ocasión de su amor
mi sospecha.

MARGARITA.

Luego ¿no es
para casarme?

DUQUE.

Eso no.

MARGARITA.

Pues ¿no he de ir a verle yo,
y a agasajarle cortés,
por si inclinado le veo
a mis ojos?

DUQUE.

Eso sí.

MARGARITA.

Pues no te enojés así;
que eso es lo que yo deseo.

DUQUE.

Pues Margarita, al instante

le has de ver.

MARGARITA.

Digo, Señor,
que voy a hacerle el favor
que me mandas.

DUQUE.

Y si amante
le hallas, sea su cuidado
examen de mi temor.

MARGARITA.

Pues si él me quiere, Señor,
todo queda remediado.

DUQUE.

Éste en ti es exceso justo.

MARGARITA.

Con mi obediencia se mida.

DUQUE.

¿Vas con pesar?

MARGARITA.

En mi vida
te obedecí con más gusto. (Vase.)

ESCENA II

TIRSO, dentro; luego ENRIQUE.-EL DUQUE.

TIRSO.

(Dentro.) Déjenme que a Carlos vea.

DUQUE.

¿Qué es eso?

ENRIQUE.

(Sale.) Estela, Señor,
ocasiona este rumor
con la gente del aldea,
que a pedirte a Carlos viene,
y dice que te ha de hablar.

DUQUE.
Lleguen, dejadlos entrar.

ESCENA III

TIRSO, con vara de alcalde; ESTELA, LAURETA.-DICHOS.

TIRSO.
¡Qué linda frema se tiene
el Duque, cuando aquí llama
un alcalde a visitalle!
Voto a Dios, que he de soltalle,
aunque esté preso en su cama.
La vara me dio el Concejo,
y pues só alcalde, a pesar
de todos le he de soltar,
aunque me rompa el pellejo.

DUQUE.
¿Qué dices?

LAURETA.
Calla, tontón;
que es el Duque el que está aquí.

ESTELA.
Cielos, yo llego sin mí.

TIRSO.
Esté el Duque y el ducón
y el ducado; que si osados
me obligan a que me aburra,
en vendiendo yo la burra,
tendré catorce ducados.

ENRIQUE.
Ya el Duque espera, Señora;
llegad.

TIRSO.
Yo quiero llegar.

ENRIQUE.
Tenéos vos.

DUQUE.
Dejadle hablar.

TIRSO.
Déjenme a mí habrar ahora
que a mí el Concejo me envía
por su majador aquí,
y sólo me toca a mí
decir la majadería.

DUQUE.
Decidla pues.

TIRSO.
Sí diré.
Ven acá, ¿con qué malicia,
sin orden de la josticia,
habéis preso a Carlos, eh?
Habéisla hecho buena, Adán,
como el cura mos decía;
pues en verdad que podía
costaros la torta un pan.
¿Sabéis vos del Concejillo
la potestad que tenemos,
que si apela allá, podemos
condenaros a un presillo?
¿Cómo así a Carlos prendisteis,
Señor de mueso lugar?
Tratadle pues de soltar,
o ver para qué nacisteis;
que no se ha de ir sin Carlitos
Estela, y la puerta franca,
y que no te lleven branca
para quitalle los grillos.
Esto os notifico a vos,
mandadlo, Señor, por mí;
que si no lo hacéis así,
nos volveremos con Dios.

LAURETA.
Bruto, menguado, ignorante,
¿Qué dices?

TIRSO.
(Ap.) En mí no quepo;

que he de metelle en un cepo,
si no le suelta al instante.

ESTELA.

Señor su simplicidad
disculpe su error grosero;
y si le dan vuestras plantas
lugar a mi rendimiento,
que me escuchéis os suplico.

DUQUE.

Alzad, Estela, del suelo,
y decid, que ya os escucho.

ESTELA.

De vuestra piedad lo espero.
No ignoraréis, gran Señor,
el debido sentimiento
con que por Carlos, mi hermano,
a vuestra presencia vengo.
Por él el perdón os pido
destas lágrimas que vierto
que no se ofende el decoro
de las lágrimas del ruego.
Preso, Señor, le tenéis,
con escándalo del pueblo
y con rigor; no lo extraño,
si la causa considero;
porque si decís que Carlos
quiere quitaros el cetro,
no extraño lo rigoroso,
lo engañado es lo que siento.
Carlos, Señor, se ha criado
en la aldea, tan contento
de aquel corto Señorío,
que para envidiar el vuestro
era menester, Señor,
que entre aquestos dos extremos
diera menos gusto el suyo,
y el vuestro menos desvelo.
Él vive allí retirado,
sin envidias ni deseos,
porque sin vuestros cuidados
goza allí de vuestro imperio.
Sus palacios son los campos,
de quien es alcaide el tiempo,
a cuya cuenta los meses,

uno entrando, otro saliendo,
sus anchas piezas adornan
de naturales aseos.
Allí, Señor, goza Carlos
el mismo decoro vuestro,
de criados asistido,
que paga a su cuenta el cielo.
Mirad con tal mayordomo
si podrá vivir contento,
pues siendo él quien a la tierra
llena de frutos el seno,
y ella quien los atesora
para el gusto de su dueño,
siempre está rica su casa,
su familia sin empeño;
pues para que no le pueda
faltar algo en ningún tiempo,
viene a ser el mayordomo
quien socorre al tesorero.
Su camarero es el sol,
que mide a su curso el sueño,
pues poniéndose, le acuesta,
y le levanta naciendo.
Y de todos sus criados
puede estar tan satisfecho,
que no inquietan sus oídos
la ambición del lisonjero,
la queja del mal pagado
ni la porfia del necio,
su mesa, Señor, compuesta,
no de manjares compuestos,
llenan de sabrosos platos
todos los cuatro elementos.
Tierra, fuego, viento y agua
se la regalan, sirviendo
aquel manjar cada uno
que le ha sazonado el tiempo,
tan fácilmente, que a veces,
de sazonada, cayendo
desde la rama a la mesa,
le sirve la fruta el viento.
Pues si esa pompa, Señor,
goza con este sosiego,
¿Por qué imaginas que aspira
a la que es de tanto riesgo?
O si no, para pensarlo,

¿Qué indicios tenéis, qué intentos,
o de vos reconocidos,
o escondidos en su pecho?
¿Qué armas ha juntado Carlos,
que escuadrones ha compuesto,
qué vasallos os conjura,
o qué castillos ha hecho?
¿Qué casa fuerte apercibe?
porque él está tan ajeno
como de ser ofendido,
de imaginar de ofenderos;
pues de la casa que vive,
todas las puertas adentro,
porque las cierre una tranca,
tienen un hoyo en el suelo.
La pieza de su armería
es un colgadizo techo,
cubierto con tosco aliño
de las cañas de un centeno.
Sus armas son trillos, palas,
horcas, arados, y entre ellos,
azadas, hoces y yugos,
y otros varios instrumentos.
Ni los picos de la azada,
ni los dentados aceros
de las corvas hoces, son
armas para dar recelo.
Sólo débiles espigas
siegan sus filos groseros,
hiriéndolas por las plantas
para derribar sus cuellos.
Lo que dél no está seguro,
contra quien se arma su esfuerzo,
son las fieras en el bosque
y las aves en el viento.
Unas rinde a su violencia,
y otras a su impulso diestro;
ni su furor guarda al bruto,
ni al ave libra su vuelo,
pues en el tiro y el golpe
del cañón y del acero,
es con la espada pesado,
y con el plomo ligero.
Pues si en esto, Señor, gasta
Carlos su bizarro aliento,
¿Con qué indicios presumís

que se anima a tal empeño?
Si de maliciosa envidia
los venenosos acentos
causan por vuestros oídos
esa ponzoña en el pecho,
de la inocencia del suyo
y las lágrimas que vierto,
formad, Señor, la triaca
de aquese mental veneno.
A vuestros pies arrojada,
no he de levantarme dellos,
sin que me deis a mi hermano;
y si piadoso no os muevo,
si la verdad no le vale,
ni yo a mi dolor os venzo
mandadme quitar la vida;
que si a mi hermano no llevo,
con una muerte piadosa
le excusáis dos a mi pecho.

TIRSO.

Sí, Señor, si su mesté
no nos saca a Carlos luego,
ándela matar a Estela,
y que mos den un refresco.

DUQUE.

Estela, cuando mi sangre
es tan vuestra, creed que es cierto
que hay culpa en Carlos que obliga
al rigor con que le prendo;
y basta estar asegurado
de todo lo que sospecho,
ni habéis de verle en la aldea,
ni él quedar vivo, si es cierto. (Vase.)

ESTELA.

Señor, oíd, escuchad.

ENRIQUE.

Ni aun a hablarle yo me atrevo;
que a quien no mueve ese llanto
no le han de obligar mis ruegos. (Vase.)

ESCENA IV

LAURETA, ESTELA, TIRSO.

ESTELA.

¡Ay Laureta! ¡ay Tirso! Amigos,
en tanto rigor, ¿qué haremos?

LAURETA.

Ay Señora, pide al Duque
que le deje ver.

TIRSO.

Paguemos
a dos cuartos cada uno
porque nos le enseñen preso.

ESTELA.

¡Que me he de ir sin ver a Carlos!

TIRSO.

¿Qué llamas irte? Eso niego;
llámenme aquí al escribano,
proveeré un auto al momento,
que, pena de diez ducados,
entregue a Carlos el viejo.

LAURETA.

¿Qué ha de entregar, mentecato?

TIRSO.

Entregará a su maestro;
que a este viejo para Judas
sólo falta lo bermejo.
Un auto he de proveerle.

LAURETA.

¿Qué has de proveer, majadero?

TIRSO.

Yo no he de salir de aquí
sin proveer algo bueno.

ESTELA.

¡Ay Carlos! ¡ay Duque injusto!
¡Sin vida y sin alma quedo!

TIRSO.

Voto al sol, que ya he pensado
un bravo arbitrio.

LAURETA.

¿Qué haremos?

TIRSO.

Echémosle por soldado;
que esto no tiene remedio.

LAURETA.

Calla, simplón.

ESTELA.

Ven, Laureta
que voy sin mí.

ESCENA V

ENRIQUE.-DICHOS.

ENRIQUE.

Detenéos.

ESTELA.

¡Ay Dios! ¿qué decís, Señor?

ENRIQUE.

Que el Duque piadoso, atento
a vuestro llanto y decoro,
y que estando Carlos preso,
no es bien que vos estéis sola,
me ha mandado deteneros;
y a la hermosa Margarita,
vuestra prima, que en su mismo
cuarto el hospedaje os haga,
decente a vuestro respeto.

ESTELA.

Y ¿ése es respeto o prisión?

ENRIQUE.

Señora, con vos es cierto
que es atención de su sangre.

ESTELA.

Uno u otro, yo no puedo
replicar ni resistir;
y así, por fuerza obedezco.-
ven tú, Laureta, conmigo.

LAURETA.

Yo a seguirte me resuelvo.
¡Ay Tirso! Acá nos quedamos.

TIRSO.

¿Qué llama quedarse? ¡Bueno!
pues ¿me prende a mi mujer?

ENRIQUE.

No hace tal.

TIRSO.

Y ¿yo voy preso?
Vos libre vais.

TIRSO.

Pues molgara
de que se atreviera el viejo
a prender aquí un alcalde,
por verle quedar suspenso,
e irregular para siempre.

ESTELA.

Vamos, Señor.

ENRIQUE.

(Ap.) ¿Quién al cielo
vio tan hermoso nublado?

ESTELA.

Ya aquí mi esperanza es menos. (Vase.)

ENRIQUE.

(Ap.) ¡Quién pudiera dar a Estela
de Margarita el trofeo! (Vase.)

TIRSO.

Hoy he de librar a Carlos,
pues ha pensado mi engaño
una gran escartagama

contra el Duque, y si no puedo,
en topando sus cochinos
en el prado, voto al cielo,
que los he de apedrear
hasta encojar a dos dellos. (Vase.)

Sala de la torre. Una reja en el fondo.

ESCENA VI

CARLOS, sentado, con cadena a los pies, MARGARITA, EL ALCAIDE, DAMAS.

MARGARITA.
(Desde la puerta.) ¿Qué hace Carlos?

ALCAIDE.
Resistir
de las cadenas el peso,
sentado allí en una silla,
triste, confuso y suspenso.

MARGARITA.
Retiráos, Alcaide, vos;
que hablarle a solas intento.

ALCAIDE.
Ya os obedezco, Señora,

(Vase con las damas.)

ESCENA VII

MARGARITA, CARLOS.

CARLOS.
¡Ay de mí, que sin luz muero!

MARGARITA.
(Ap.) ¡Qué triste está y qué quejoso!
¡Ah ciega ambición, qué yerros
tan sin discurso cometes,
pues le manda a mi deseo
mi padre que yo averigüe
lo mismo que estoy queriendo!

CARLOS.

La cláusula de mi vida
es ya esta prisión, ni tengo
respuesta del de Milán,
ni ya recibirla puedo;
que aunque para darle aviso,
cuando era menor mi aprieto,
tuve modo, ya el rigor
es más, y ninguno el medio.

MARGARITA.

(Ap.) Discurriendo está entre sí;
cogerle de susto quiero.

CARLOS.

¡Ay Duque! ¡Ay injusto tío!
De mí te ofendes en vano.
¿No estás gozando, tirano,
un estado que era mío?
¡Ni aun mi corto Señorío
seguro está a tu traición!
Si a prenderme sin razón
mi humilde quietud te irrita,
los ojos de Margarita
¿No eran bastante prisión?
¿De qué te sirve este exceso
donde están mi amor y ella?
Sólo con dejarme vella
pudiste tenerme preso.
y más seguro con eso
me tenía tu ambición,
pues siendo del corazón
ella alcaide y homicida,
tenía pena de la vida
en salir de la prisión.

MARGARITA.

¿Carlos?

CARLOS.

¿Quién es? ¡Ay de mí!
(Ap. Mas, cielos, ¡qué es lo que miro!)

MARGARITA.

¿Qué dudáis?

CARLOS.

Mi dicha admiro,
Señora, el veros aquí,
pues cuando estaba entre mí
discurriendo en los enojos
de mi mal, si sus antojos
no engañan al corazón,
al pensar en mi prisión,
me ha ofrecido vuestros ojos.

MARGARITA.

¿Qué hay en ellos?

CARLOS.

Está viendo
mi fe una prisión que adora,
y una cadena, Señora,
que se arrastra sin estruendo.
en ellos muero viviendo,
ellos mi quietud alteran
y aunque libertad me dieran,
movidos de su piedad,
perdiera la libertad
si volvérmela quisieran.

MARGARITA.

¿Vos os declararéis así
conmigo? ¿Qué es esto?

CARLOS.

Amor,
que os justifica el rigor
con que me tenéis aquí.

MARGARITA.

y ¿ése no es delito?

CARLOS.

Sí.

MARGARITA.

Más de escucharos me irrito
confesar lo que no admito.

CARLOS.

Pues en tanta sinrazón
¿Había causa en mi prisión,
si ése no fuera delito?
Delito es, Señora mía,
y por él muerte merezco,
y aun toda la que padezco
no castiga mi osadía.
Yo os miré, y desde aquel día...

MARGARITA.

Callad, ¿qué decís? Parece
que estáis sin juicio. (Ap. Encarece
tu amor, Carlos, ve adelante;
que aunque enojas al semblante,
el alma te lo agradece.)
Pues ¿acaso os prendí yo?

CARLOS.

Pues ¿no lo miráis en mí?

MARGARITA.

Yo no.

CARLOS.

Agora conocí
que el sentido se trocó.
Él, sin ser él, me prendió;
que si los que me han rendido
vuestros dos soles han sido,
para usar de sus enojos.
Han dejado de ser ojos,
pues no ven lo que han prendido.

MARGARITA.

Carlos, el entrar a veros
ni es piedad ni es atención;
que de una y otra es indigno
quien intenta lo que vos.
(Ap. Bien sabe amor lo que finjo;
mas él me dará ocasión
para dárselo a entender.)
Hoy entra en vuestro favor
por los estados de Parma
el de Milán, y de vos
sé que ha venido llamado.
¿Justifica este rigor

con que os ha preso mi padre
vuestro amor o esta traición?

CARLOS.

(Ap. ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?
Sin duda alguna llegó
al de Milán el aviso
que envié de la prisión.)
¿Qué es lo que dices, Señora?

MARGARITA.

Lo que vos sabéis mejor;
que es quitarme la corona
con sus armas.

CARLOS.

Eso no,
porque todas las coronas
que son del mundo blasón
fueran pocas en mi mano
para ponerlos a vos.

MARGARITA.

Pues Carlos, aunque mi padre
os trate con tal rigor,
bien os podéis fiar de mí;
que aunque os examino yo,
es por si puedo ampararos.

CARLOS.

Pues si eso es cierto, traición
fuera negaros mi pecho,
si dueño del alma sois.

MARGARITA.

Luego ¿es verdad lo que digo?

CARLOS.

Sí, mas con esta atención.

MARGARITA.

(Ap. Cielos, si mi padre sabe
que esto es cierto, en su rigor
tiene gran peligro Carlos;
pero callaré yo.)
Proseguid.

ESCENA VIII

EL DUQUE, que observa desde la puerta.-DICHOS.

DUQUE.

(Al paño.) De Margarita
la obediencia me llamó.
Con Carlos está, e intento
informarme de su voz
en lo que teme mi duda.

MARGARITA.

¿No proseguís? (Ap. Mas ¡ay Dios!
mi padre lo está escuchando,
y ha llegado en ocasión
que Carlos va a declararse;
su vida arriesga en su voz.
¿Qué haré, cielos?)

CARLOS.

Ya, Señora,
que habéis entendido vos;
lo que parece delito,
oíd la satisfacción.
Verdad es...

MARGARITA.

Ea, callad,
que es ya insufrible el error
de quererme persuadir
a que estáis sin culpa vos;
y aunque crea, como es cierto,
que aunque os venga a dar favor
de vos no ha sido llamado
el de Milán, ni al blasón
aspiráis desta corona,
porque la tenéis mejor
en la quietud de la aldea
(Que esto muy bien lo sé yo),
presumo que habéis tenido
noticia de esta traición,
y no la habéis publicado.

DUQUE.

Según esto, mi temor
no ha sido cierto.

CARLOS.

Señora,
¿Qué decís? Que lo que vos
decís que yo no he emprendido,
es mi fineza mayor,
porque el de Milán, mi primo,
viene...

MARGARITA.

Eso ya lo sé yo.
¿Quieres que ignore que viene,
cuando apercibiendo estoy
mis armas en mi defensa?
(Ap. ¿Qué haré, cielos? ¡Sin mí estoy!
Que Carlos va a declararse
sin saber su riesgo, y yo
no puedo avisarle dél.)

CARLOS.

Señora, escuchad por Dios
mi primo viene por mí.

MARGARITA.

Claro es que viene por vos;
pero vos no le llamáis;
que él quiere daros favor
por su sangre.

CARLOS.

No, Señora,
sino que de mi prisión...

MARGARITA.

¿Qué prisión, Carlos? ¿Hay duda
de que intenta su valor
libraros della? Eso es cierto;
mas no ha sido porque vos
hayáis movido sus armas,
porque eso fuera traición.
Aquí no hay otro remedio;
necio estáis. Carlos, adiós.

CARLOS.

Señora, que os engañáis;
que antes le he llamado yo,
y sus armas son movidas
de mi aliento y mi razón
para restaurar mi estado;
que no he de negaros yo
lo que intento, por finezas
de mi sangre y de mi amor:
yo he provocado a mi primo.

DUQUE.

¿Qué es lo que escucho? ¡Ah traidor!

MARGARITA.

(Ap. Acabóse. En lindo estado
quedan su vida y mi amor.)
¿Qué decís, Carlos? ¿Ahora
volvéis con aquese error,
después de haberlo negado,
y asegurádome yo?

CARLOS.

¿Yo negar, Señora? ¿Cómo?
Lo que tengo por blasón,
queréis que niegue mi aliento?
Al Duque pedí favor
para restaurar mi estado,
por lograr luego la acción
de ponerle a vuestros pies;
y a no ser su dueño yo,
intentara adquirir otro
por coronaros a vos.
Esto, Señora, es verdad.

DUQUE.

¡Qué cierto fue mi temor!

MARGARITA.

(Ap. Lindamente hemos quedado
con toda mi prevención.)
En fin, ¿qué queréis cobrarle,
por dármelo? ¿No es mejor,
si me le habéis de volver,
dejarme en la posesión?

CARLOS.

No, Señora, que no quiero
que entendáis, contra mi amor,
que os la deja vuestro padre,
pudiendo dároslo yo.

MARGARITA.

(Ap.) Qué pronta la razón tuvo,
porque a su mal importó!
Si fuera para su bien,
¿Mas que no hallaba razón?

DUQUE.

Esto está ya declarado.
no hay que esperar más, sino
asegurar mi corona.
(Saliendo de donde estaba retirado.)
¿Margarita?

MARGARITA.

Gran Señor.

DUQUE.

pues ¿tú aquí? ¿a qué intento?

MARGARITA.

Carlos,
aunque os enoja, Señor,
es mi primo, y esto es deuda
de mi sangre y mi atención.

DUQUE.

No es mi sangre quien aspira
a mi corona.-Idos vos,
no estéis más en mi presencia;-
ni tú hables con un traidor.

CARLOS.

(Ap.) ¡Ay Dios! La prisión más dura
es negarme esta prisión. (Vase.)

ESCENA IX

ENRIQUE.-EL DUQUE y MARGARITA.

(Tocan al arma, y sale Enrique.)

DUQUE.

Pero ¿qué alboroto es éste?

ENRIQUE.

El de Milán, gran Señor,
está ya a vista de Parma,
y la ciudad, con temor
revuelta y confusa, espera
a ver tu resolución.

DUQUE.

Margarita, ya tu industria
averiguó mi temor;
ahora importa remediarle;
mas esta resolución
no es para tu tierno aliento.
retírate tú, que yo
pondré remedio a este daño.

MARGARITA.

Ya te obedezco, Señor.
(Ap. A Carlos dar muerte quiere.
¿Qué haré, cielos? ¡sin mí voy!
Pero por ver si hay remedio
escucharé su intención.) (Se oculta.)

DUQUE.

La loca osadía, Enrique,
del de Milán, que se entró,
despreciando mis fronteras,
hasta Parma, donde estoy
asegurado por ellas,
pagará sin dilación;
porque vendrá de mis plazas
saliendo la guarnición,
con que quedará cortado
y castigado su error.

ENRIQUE.

A escala vista pretende
asaltar sus muros hoy,
si no te entregas a Carlos.

DUQUE.

Logrará su pretensión;
mas no se le dará vivo.

ENRIQUE.

Pues ¿cómo ha de ser, Señor?

DUQUE.

Dándole muerte esta noche.

ENRIQUE.

¿No es mucha resolución?

MARGARITA.

(Al paño.) ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?

DUQUE.

Sí; más mi riesgo es mayor.

Tú has de darle muerte, Enrique,

con un veneno, y los dos

lo hemos de saber no más;

y en logrando este rigor,

con secreto en una caja

le ha de poner tu valor,

armado del mismo modo

que si fuera el muerto yo.

Y publicando después

que de su triste prisión

le mató la pesadumbre,

lograré esta dilación,

entregándosele al Duque,

mientras convoca mi voz

las armas de mis estados.

ENRIQUE.

¡Tan grave resolución,

Señor, tomáis tan aprisa?

DUQUE.

Esto ha de ser.

MARGARITA.

¡Muerta estoy!

Mas en tan grandes peligros

cobra aliento el corazón.

Esperaré a que se vayan;

que no fuera el mío amor

si no emprendiera un arrojjo

en empeño tan atroz.

ENRIQUE.

Pues Señor, si eso resuelves,
pronto a obedecerte estoy.
(Ap. ¡Cielos, quién hallara medio
de excusar este rigor!)

DUQUE.

Pues Enrique, el Duque trae
dos intentos, y los dos
le he de malograr a un tiempo.
Conmigo guerra rompió
por negarle a Margarita;
a ti te da la ocasión
la dicha, y tú has de lograrla:
pues porque vuelva su error
sin ella, como sin Carlos,
lograda esa ejecución,
te has de desposar con ella.

ENRIQUE.

Tus plantas beso, Señor.
(Ap. ¡Ah fortuna liberal,
cuando enamorado estoy
de Estela! Mas ésta es dicha,
y aquella es inclinación.)

DUQUE.

Vamos pues a disponerlo.

ENRIQUE.

Tus pasos siguiendo voy.

ESCENA X

GUARDAS, TIRSO, EL ALCAIDE. DICHOS.

GUARDA 1º.

(Dentro.) Detenedle.

TIRSO.

(Dentro.) No es razón;
déjenme entrar.

GUARDA 2º.

(Dentro.) Es en vano.

DUQUE.
¿Qué es aqueso?

(Salen dos guardas y el Alcaide con Tirso, que trae un lío oculto.)

ALCAIDE.
Este villano
que se entraba en la prisión.

DUQUE.
¿A qué?

TIRSO.
Señor, yo criaba
unos cochinos a Carlos.
Débeme un año el guardarlos,
y ahora a pedírselo entraba,
viendo que está en este encierro,
antes que vos le matéis,
porque en secreto queréis,
diz que darle pan de perro.

DUQUE.
¿A Carlos yo?

TIRSO.
Con efeto.

DUQUE.
Villanía maliciosa.

TIRSO.
Pues Señor, no anda otra cosa,
sino que es muy en secreto.

GUARDA 2°.
En vano el traidor se emboba,
que trae un lío.

TIRSO.
Me río,
Señor; que no es este lío.

DUQUE.

Pues ¿qué es?

TIRSO.
Una corcova.

DUQUE.
¿Corcova? En vuestro semblante
no tenéis señal de tal.

TIRSO.
Me curaron bien el mal,
y así no pasó adelante.

ALCAIDE.
No es tal, Señor.

TIRSO.
¿No hay quien rompa
la boca a este que lo niega?

ALCAIDE.
Señor, no es sino talega.

TIRSO.
Señor, que no es sino trompa.

DUQUE.
Mirad lo que trae en ella.

TIRSO.
Mi gran necedad confieso.

(El Alcaide y los guardas van sacando de la talega lo que dice el diálogo.)

ALCAIDE.
Esto es, Señor, pan y queso
y una bota.

TIRSO.
Beba della.

DUQUE.
mirad más.

TIRSO.
Todo es fiambre.

DUQUE.

Pues ¿qué intentáis con traelle
esto a Carlos?

TIRSO.

Socorrelle,
porque no se dé por hambre.

GUARDA 1º.

Éstas, limas han de ser
y sogas.

TIRSO.

Ahí me lastimas.

DUQUE.

¿Para qué son estas limas?

TIRSO.

Para empezar a comer.

DUQUE.

Llevalle; que esta evidencia
muestra su bellaquería.

TIRSO.

Pruébelas su Señoría;
que son dulces de Valencia.

DUQUE.

Entre en la misma prisión,
a ver si hay otro tan fiel,
que le dé limas a él.

TIRSO.

Apelo a la Inquisición.

GUARDA 1º.

Vaya el traidor.

TIRSO.

Mal me animas.

ALCAIDE.

Para sí haga la cautela.

TIRSO.

Pues lléveme a la cazuela,
si quieren que me den limas.

(Vase con los guardas y el Alcaide.)

DUQUE.

Enrique, la noche da
a nuestro intento ocasión.

ENRIQUE.

De tu brazo soy la acción.

DUQUE.

Pues ven; que tardamos ya. (Vase.)

ENRIQUE.

(Ap.) Cielos, pues la noche oscura
a mi piedad da favor,
no se logre este rigor,
aunque arriesgue mi ventura.
¿Yo de mi primo homicida?
Pues esta impiedad condeno,
sólo he de darle un veneno
que le suspenda la vida. (Vase.)

ESCENA XI

MARGARITA sale de donde estaba oculta. Es de noche, no hay luz.

MARGARITA.

Sin vida y sin aliento
un rigor he escuchado tan violento,
y pues la noche ayuda
a mi resolución, lóbrega y muda,
pueda el amor y la piedad un día
más que la propia conveniencia mía.
Esta torre una puerta al jardín tiene,
de quien yo tengo llave, y (si conviene)
de quien pueda fiar este secreto.
Mas por lograr su efeto
con menos riesgo, sola he de intentarle.
Líbrese Carlos pues; quiero avisarle,
pues sin ser conocida,

a intentarlo la noche me convida.
(Oyése dentro el ruido de una cadena.)
De la cadena el ruido
es el norte que llevo; ya le he oído.-
Carlos, Carlos.

ESCENA XII

CARLOS.-MARGARITA.

CARLOS.
¿Quién llama?

MARGARITA.
En vano es el temor con una dama.

CARLOS.
Ni de la muerte me le diera el ceño.

MARGARITA.
Pues quien tiene valor para ese empeño,
más le tendrá para librar su vida,
que a breve plazo la verá perdida.

CARLOS.
¿Qué dices?

MARGARITA.
A la puerta de la torre
una seña os hará quien os socorre,
de amor movida, donde habrá un caballo
y quien os guíe.

CARLOS.
¿A mí? Sólo el dudallo
me queda que temer.

MARGARITA.
Si el plazo es breve,
poca será la duda.

CARLOS.
Y ¿quién se mueve
a librar a quien no ha de agradecerlo?

MARGARITA.

No da el riesgo lugar para saberlo.

CARLOS.

Sepa lo menos quien lo más alcanza.

MARGARITA.

Carlos, adiós; que hay riesgo en la tardanza.

CARLOS.

Oíd, esperad: ¿no me daréis indicio de a quién le debo tanto beneficio?

MARGARITA.

No puede ser.

CARLOS.

¿No hay seña sin recelo?

MARGARITA.

una mujer que os quiere. (Vase.)

ESCENA XIII

CARLOS; luego, TIRSO.

CARLOS.

Santo cielo

¿Qué enigma es éste? Pero dudo en vano cuando veo el poder deste tirano.

Mas ¿quién a sus violencias contradice?

¿Quién me tiene piedad?

TIRSO.

(Dentro.) ¡Ay infelice!

CARLOS.

Cielos, ¿qué escucho?

(Sale Tirso, arrastrando otra cadena.)

TIRSO.

¿Dónde me han metido,

que ni aprovecho ell ojo ni ell oído?

Mas lo que me consuela es que, al presente,

pues en el limbo estoy, soy inocente.

CARLOS.

¿Quién entra aquí con ruido de cadena?
(Arrastra su cadena al andar.)
Quiero acercarme, que ya es más mi pena.

TIRSO.

¡Ay Jesús, qué rumor tan penetrante!
¿Que mi cadena tiene consonante?

CARLOS.

¿Quién será, cielos?

TIRSO.

¡Ay mi Dios, que roído!
¡De alma en pena es el paso y el sonido!

CARLOS.

Sin mí estoy.

TIRSO.

¡Alma es, fuego de Cristo!
y cómo se conoce; ya la he visto.
Que me he muerto de miedo es muy notorio,
pues he venido a dar al purgatorio.

CARLOS.

¿Quién va?

TIRSO.

¡Ay Dios! ¿qué diré?

CARLOS.

¿Quién va? ¿quién entra?

TIRSO.

Señora alma, aquí está una convidada;
prevéngala por Dios buena posada.

CARLOS.

¿Qué alma? ¿a quién habláis? ¿qué os atropella?

TIRSO.

¿Lo duda? Pues pregunto ¿quién es ella?

CARLOS.
¿Dónde vais?

TIRSO.
A purgar de mis pecados;
pero yo ya los tengo bien purgados.

CARLOS.
¿Purgados? ¿qué decís? que no os entiendo.

TIRSO.
De miedo de escucharos el estruendo.

CARLOS.
Viven los cielos, que mi mano osada...

TIRSO.
Alma del diablo, ¿estás endemoniada?
Pues ¿aquí juras, adonde es notorio,
tener veinte años más de purgatorio?

CARLOS.
¿Quién eres?

TIRSO.
¡Ay Dios mío, que me mata!

CARLOS.
¿Quién es?

TIRSO.
De Tirso el alma mentecata.

CARLOS.
Tirso amigo, ¿tú eres?

TIRSO.
¿Carlos mío?

CARLOS.
¿Qué es esto?

TIRSO.
No lo sé; aquí me zamparon,
que por querer librarte, me enjaularon.

CARLOS.

Luego ¿estás preso?

TIRSO.

Con furor resuelto;
que si no, ya anduviera el diablo suelto.

(Óyese un golpe.)

CARLOS.

(Ap. Cielos, la seña es esta que he escuchado
ya creo mi ventura, pues me ha dado
favor el cielo, y porque no lo dude
este villano, que a mi intento ayude.)
Tirso, en esta prisión, este tirano
fiero, cruel, aleve, y inhumano,
sólo la luz escasa ver me deja,
que aquí el cielo me da por esa reja
que cae a unos jardines, y por ella
lo que como me dan; ponte tú en ella,
y si la cena traen, tómala luego
sin hablarles palabra, y con sosiego
acuéstate en mi cama, que esto importa
(Ap. A que se quede mi valor le exhorta);
para que aseguremos nuestra vida;
que sicallas, no habrá quien nos impida
el podernos librar a la mañana.

TIRSO.

Pues ¿no me verán?

CARLOS.

No, que estando oscuro,
que no han de conocerte es muy seguro.

TIRSO.

Pues ¿adónde vas tú?

CARLOS.

A esperar la seña
de un criado leal, que a dar se empeña
libres nuestras personas.

TIRSO.

Pues ve luego,

CARLOS.

(Ap. Con eso más seguro al mar me entrego
de la duda que llevo, pues el Duque
no se acuesta la noche más oscura
hasta que por la reja se asegura
(Otro golpe.)
de que yo estoy aquí. Mas al oído
segunda vez la seña han repetido.
Revolver quiero la cadena al brazo,
y no alargar a la fortuna el plazo.)
Tirso, adiós.

TIRSO.

Ve hecho un mismo pensamiento,
y trae libranza para mí.

CARLOS.

Eso intento. (Vase.)

ESCENA XIV

TIRSO; luego, EL DUQUE y ENRIQUE, desde la puerta.

TIRSO.

Cielos, libradnos a estos dos coitados;
mas ya a la reja suenan los criados;
voy a tomar la cena.
Alma en gloria me he vuelto de alma en pena.

(Va hacia la reja.)

ENRIQUE.

Señor, ya vuestro intento está logrado

DUQUE.

Hasta verlo, al temor no me persuado.

ENRIQUE.

Ya el veneno le he puesto en la bebida.

DUQUE.

Y él parece que al riesgo se convida,
pues va ya hacia la reja.

ENRIQUE.

No lo dudes, Señor; aquí me deja,
que yo el intento te daré logrado.

DUQUE.

Enrique, a ti te importa mi cuidado. (Vase.)

ENRIQUE.

Pues me ha mandado el Duque que no
a la luz este intento, los que entraren,
y a componer el cuerpo me ayudaren.
No podrán sospechar si está dormido,
pues no le podrán ver; y él, persuadido
a que está muerto ya, le dará luego
al de Milán, con que su intento ciego
no logrará tan falsa alevosía
ayude el cielo la clemencia mía (Vase.)

TIRSO.

Parece que oigo hablar quedo y aprisa;
suena a vieja que reza oyendo misa;
pero mejor me suenan ya los platos.
¡Madre de Dios, qué hartazgo he de pegarme!
y si del Duque injusto escapo el cuello...
pero mejor será dormir sobre ello. (Vase.)

Campo. Noche.

ESCENA XV

MARGARITA, en traje de hombre; CARLOS.

MARGARITA.

(Dentro.) Detén el caballo.

CARLOS.

(Dentro.) Ya
paró al soltarle la rienda.

(Salen.)

MARGARITA.

Pues Carlos, ya ves que allí
el ejército se acerca
de tu primo el de Milán,
ya del riesgo libre quedas;

perdona pues que el caballo
no deje, porque me vuelva.

CARLOS.

Noble mancebo, que has hecho
por mí tan rara fineza
como librarme del riesgo,
y por si alguno tuviera,
a las ancas del caballo
me has sido escudo y defensa,
¿Quién eres?

MARGARITA.

Ya he dicho, Carlos,
que soy de una dama bella
criado, a quien obedezco;
ella en librarte me empeña,
y no puedo decir más.
Adiós pues, y el cielo quiera
que restaures tus estados,
porque le pagues la deuda.

CARLOS.

Pues ¿en qué espera la paga?

MARGARITA.

Agora en una fineza,
de que has de darme palabra
antes que yo vuelva a verla.

CARLOS.

¿Qué palabra?

MARGARITA.

¿Me aseguras
que cumplirás la promesa?

CARLOS.

Del cielo la luz me falte,
y vuélvanse sus estrellas
rayos que mi pecho abrasen,
y mi enemigo me vea
a sus pies, si no lo hiciere.

MARGARITA.

Pues la palabra es, si llegas

a restaurar tus estados,
que hasta tener su licencia,
no te has de casar con otra.

CARLOS.
Si de todo el mundo reina
fuera la que lo intentara,
no lo lograra sin ella.

MARGARITA.
Eres quien eres, adiós,
y cúmplele esta promesa. (Vase.)

CARLOS.
Cielos, ya toma el caballo,
¡Con qué brío le maneja!
¡Oh qué mal hago en dejarle!

MARGARITA.
(Dentro.) Carlos, Carlos.

CARLOS.
¡Aún me empeñas!
¿Desde el caballo pretendes
que no cumpla lo que ordenas?

MARGARITA.
Carlos, Carlos, oye atento,
para que duda no tengas
de quién te ha dado la vida;
porque quiero ahora que sepas
soy Margarita, tu prima.

CARLOS.
¿Qué decís, Señora? Espera.

MARGARITA.
Dispuesta estaba tu muerte,
y pues yo te libré della,
cúmpleme aquesa palabra.

CARLOS.
Señora, ¿por qué me dejas?
Mi bien, Margarita, escucha.-
igual con el viento vuela.

MARGARITA.

Cobra tu estado, y veré
si por mí cobrarle intentas.

CARLOS.

¡Oh qué ocasión he perdido!
montes, ríos, detenedla;
Árboles, poneos delante,
que es quien al alma me lleva.

MARGARITA.

No me olvides, Carlos mío.

CARLOS.

No oigo razón que se entienda.
¡Ay de mí, que fui tan ciego,
que no supe conocerla!

MARGARITA.

Carlos, Carlos.

CARLOS.

De mi nombre
no quede en el mundo seña
si faltare a la palabra
del empeño en que me dejas;
y pues ya estoy libre, cielos,
yo haré que en el mundo vean
lo que el Duque ha ocasionado
con acordarme mi ofensa,
pues ha sido en su delito
quien le acusó su conciencia.

JORNADA TERCERA

Un campamento; en el fondo y en el último término la ciudad de Parma. Empieza a amanecer.

ESCENA I

CARLOS.

CARLOS.

Ya del de Milán, mi primo,
he reconocido el campo,
cuya gente me asegura
el desempeño que aguardo.
Hasta que el alba amanezca
darme a conocer dilato,
porque mi presencia aliente
el valor de sus soldados.
Cielos, con ellos no dudo
dar hoy a Parma el asalto
y que ciña su corona
mi frente, y si la restauro,
bellísima Margarita,
sol cuyo oriente idolatro
pues de mi prisión oscura
salí a la luz de tus rayos,
hoy has de ver si mi pecho
a tanta deuda es ingrato;
y que el quererte quitar
el laurel que estás gozando,
es porque mi amor más grande
te le vuelva de su mano,
pues crecerán mis deseos
el número a tus vasallos.
Mas ya el Duque llega al muro,
y a los reflejos escasos
que el primer albor del día
va esparciendo por el campo,
parece que desde el muro
veo que le están hablando.
Llamada será que han hecho;
y pues yo libre me hallo,
sin poder ser conocido,
pues desde mis tiernos años
no me vio mi Primo el Duque,
saber lo que intenta aguardo
antes de ser conocido,
pues aquí entre sus soldados
nadie hará reparo en mí.
Mas ya todos van llegando.

ESCENA II

EL DUQUE DE MILÁN, SOLDADOS.-CARLOS.

DUQUE DE MILÁN.

(Dentro.) Decid, soldados, que viva
el Duque de Parma, Carlos.

VOCES.

(Dentro.) ¡Viva Carlos! ¡Carlos viva!

(Salen todos.)

DUQUE DE MILÁN.

Más os estimo este aplauso,
soldados, que el de mi nombre.
Ya se dilata el asalto;
que en la llamada que han hecho,
conmigo han capitulado
que han de entregármele luego.

CARLOS.

(Ap.) ¿Qué es aquesto, cielo santo?
¿Cómo han de entregarme a mí?
¿Si no han sabido que falto
de la prisión? Mas; ¿qué escucho?
al ronco son destemplado
de la caja y la sordina,
sale una escuadra marchando
por el postigo del muro.

DUQUE DE MILÁN.

Sin duda aquí viene Carlos;
pero cielos, ¿a qué intento,
es el ronco son bastardo
de la caja y la sordina
cuando con festivo aplauso
entregármele debieran?

SOLDADO 1º.

Señor, de cuatro soldados
en los hombros, una caja
llegando viene a tu campo,
toda cubierta de luto.

DUQUE DE MILÁN.

¿Qué decís? ¿Si es muerto Carlos?

SOLDADO 1º.

Ya llegan a tu presencia.

CARLOS.

(Ap.) Yo estoy sin mí de mirarlo.

ESCENA III

ENRIQUE y ACOMPAÑAMIENTO; CUATRO SOLDADOS conducen dentro de una caja a Tirso, que trae vestida una armadura.-DICHOS.

ENRIQUE.

Duque excelso de Milán,
en cumplimiento del trato,
te envía el Duque, mi tío,
del modo que puede, a Carlos;
de un accidente improviso
muerto esta noche le hallaron,
y por cumplir su palabra,
muerto le envía a tu campo.

DUQUE DE MILÁN.

¡Qué decís! ¿Carlos es muerto?

CARLOS.

(Ap.) ¿Qué es aquesto, cielo santo?

ENRIQUE.

Esa caja te lo diga,
que guarda su cuerpo armado
con el militar decoro
que en el fúnebre aparato
se debió a su sangre heroica;
y él te dará el desengaño,
cuando llegues a mirarle,
de que a mi piadoso brazo
debió algún favor su vida;
mas el efecto del caso
será mi mejor testigo,
pues yo otra paga no aguardo
mas que haber sido su sangre,
sin ser a esta deuda ingrato.

DUQUE DE MILÁN.

¿Qué dices? Viven los cielos,
que de su tirana mano
le ha muerto impulso cruel;

y en venganza deste agravio,
han de ser Parma y el Duque,
su corona y sus vasallos,
hoy, al furor de mi enojo,
de Troya un vivo retrato.

CARLOS.

(Ap.) Cielos, ¿yo muerto y yo vivo?
¿Qué es esto? ¿Si estoy soñando?
darme a conocer no quiero
hasta averiguar el caso.

DUQUE DE MILÁN.

Vete, hombre, de mi presencia,
que, a no estar asegurado
con mi palabra, volvieras
hoy a Parma hecho pedazos.

ENRIQUE.

Aquí, como embajador,
de tu seguro me valgo,
y allá dentro de dos horas,
que son de mi dicha el plazo,
responderé como Duque
a tanta amenaza en vano.

DUQUE DE MILÁN.

¿Tú, como Duque, en dos horas?

ENRIQUE.

Sí, pues dentro de ese plazo
habrá dado ya mi dicha
a Margarita la mano.

(Vase con los soldados y si el acompañamiento.)

ESCENA IV

TIRSO, dentro de la caja; EL DUQUE DE MILÁN, SOLDADOS; CARLOS.

CARLOS.

(Ap.) ¿La mano? ¿Qué escucho, cielos?
El corazón se me ha helado.
¿Qué haré (¡ay de mí!) entre este hielo
y aquel fuego en que me abraso?

DUQUE DE MILÁN.
Soldados, retirad luego
el cuerpo infeliz de Carlos,
y todos os prevenid
a dar a Parma un asalto;
que a Milán no he volver
sin que sus muros tiranos
las ruinas de Troya imiten.

CARLOS.
(Ap.) ¡Cielos, sin duda mataron
a Tirso por mí en la torre!
Y pues mi primo empeñado
está a asaltar la ciudad,
no es bien que sepa este engaño,
cuando ayuda a mi designio;
pues el fuego en que me abraso,
me obliga a seguir a Enrique,
y aunque me hagan mil pedazos,
estorbar que Margarita
de esposa le dé la mano,
amor mi furor alienta,
quede el Duque en este engaño;
que no quiero la corona
si esta ventura no alcanzo. (Vase.)

ESCENA V

EL DUQUE DE MILÁN, SOLDADOS; TIRSO.

DUQUE DE MILÁN.
Tomad en hombros el cuerpo.

(Dan golpes dentro del ataúd.)

Mas ¡qué escucho, cielo santo!

SOLDADOS.
Señor, que dan golpes dentro.

DUQUE DE MILÁN.
Abrid presto; que este caso
sin duda es algún prodigio.

(Abren los soldados la caja.)

TIRSO.

¡Ay, Dios, que me estoy ahogando!

SOLDADO 1º.

Vivo está.

DUQUE DE MILÁN.

Sacadle luego.

SOLDADO 2º.

Señor, levanta.

TIRSO.

(Levantándose.) Tiranos,

¿Qué es lo que queréis de mí?

¿A qué me habéis encerrado
en esta arca? Mas ¡qué miro!

¿Con quién estoy en el campo?

Señores, ¿no estaba yo
en la torre de palacio?

Pues ¿quién aquí me ha traído
desde la cama de Carlos?

Mas ¡ay, Jesús, que me han puesto
el vestido de Santiago!

DUQUE DE MILÁN.

Carlos, primo, ¿qué decís?

TIRSO.

¿Qué dice aqueste borracho?

¿Yo primo? Pues ¿soy yo negro?

SOLDADO 1º.

Vuestro primo os está hablando,
que es el Duque de Milán.

Pues el Duque de milanos

¿Qué tiene que ver conmigo?

DUQUE DE MILÁN.

¿Qué es esto que estoy mirando?

SOLDADOS.

¿No es primo de vuestra alteza?

TIRSO.

No, que mi artesa es de palo,
y friega en ella Laureta,
y me jabona los trapos.

DUQUE DE MILÁN.

¿No sois Carlos?

TIRSO.

Ni carlino;
pues ¿cómo he de ser yo Carlos,
si se fue anoche a buscar
un hombre que ha de librarnos,
y yo me comí su cena,
que me quedé reventado,
y dormí como un lirón?

DUQUE DE MILÁN.

Cielos, ¿qué es esto? Qué engaño
hay aquí? Que el no haber visto
desde sus primeros años
a mi primo causa ahora
esta duda en que me hallo.-
pues ¿quién sois?

TIRSO.

Pues ¿no lo ve?
Tirso, el alcalde destaño.

DUQUE DE MILÁN.

¿Qué Tirso?

TIRSO.

Pues ¿hay más Tirsos?
Porque yo más Tirsos no hallo
que yo y Tirso el molinero,
y Tirso el hijo del Chato,
y un Tirso que en la barriga
trae Laureta, que son cuatro.

DUQUE DE MILÁN.

Hombre, ¿qué dices? ¿Quién eres?

TIRSO.

Uno de éstos; ¿no habro craro?

DUQUE DE MILÁN.
Pues ¿quién aquí te ha traído?

TIRSO.
¿Sabe su mesté si acaso
está por aquí la ermita
de San Roque u de San Marcos?

DUQUE DE MILÁN.
¿Por qué?

TIRSO.
Porque en mi lugar
llevan los misacantanos
a esta ermita, y puede ser
que con todo este recado
me lleven a cantar misa.

DUQUE DE MILÁN.
Éste es un simple villano
cielos ¿qué puede ser esto?-
pues ¿cómo aquí te encerraron
y te trajeron por muerto?

TIRSO.
Eso, Señor, está craro:
yo estaba muerto.

DUQUE DE MILÁN.
¿Tú muerto?
Sí, Señor; que me pescaron
porque entraba en la prisión,
y me metieron con Carlos,
y yo me morí de miedo,
y reparé de allí a un rato
que estaba en el purgatorio,
donde me dormí en cenando.

DUQUE DE MILÁN.
¿Tú en el purgatorio?

TIRSO.
Sí;
pulga habla como un brazo.

DUQUE DE MILÁN.

¿Tú estabas con Carlos?

TIRSO.

Sí;

¿No ve que só su criado,
que guardaba los cochinos
y los criaba tamaños
como su mesté?

DUQUE DE MILÁN.

Pues ¿dónde
le dejaste?

TIRSO.

Él se fue abajo,
y yo me quedé allá arriba.

DUQUE DE MILÁN.

¿Dónde era arriba y abajo?

TIRSO.

¿Ve su mesté una escalera?

DUQUE DE MILÁN.

Sí.

TIRSO.

Pues por ella trepando,
en bajándola es arriba,
y en subiéndola es abajo.

DUQUE DE MILÁN.

¿Qué es esto? Viven los cielos,
que es desprecio del tirano
que hace de mí y de mi gente,
cuando me promete a Carlos,
porque suspenda mis iras,
enviarme este villano.-
deudos, soldados y amigos,
preveníós al asalto,
que yo he de ser el primero
que suba al muro, arrojado;
y antes que me falte el sol
ha de ser Parma un teatro
de la venganza y la ira,
con el fuego de mi agravio.

Toca al arma.

(Tocan cajas.)

TODOS.

Al arma toca.

DUQUE DE MILÁN.

Acérquese al muro el campo.

TIRSO.

Señor, mándeme quitar
este paramento branco
y aqueste jubón de prata,
que me mata el espinazo.

DUQUE DE MILÁN.

Volved a llevar este hombre
del modo que le ha enviado;
que yo vengaré el desprecio.

TIRSO.

Señor, que me lleve el diablo
si me puedo menear.

DUQUE DE MILÁN.

Ea, valientes soldados.

TODOS.

Al muro el campo se acerque.

DUQUE DE MILÁN.

Marche hacia el muro mi campo.

TIRSO.

Señores, tómenme a cuestras,
que no puedo dar un paso. (Vase.)

Campo dentro de los muros de la ciudad.

ESCENA VI

CARLOS.

CARLOS.

La mayor resolución
que intentó pecho arrojado
ha emprendido mi pasión,
pues tras Enrique me he entrado
al riesgo de mi prisión.
Aunque ya dentro del muro,
campo es éste, y al llegar
desafiarle procuro;
que he de morir o matar
si mi temor no aseguro.

ESCENA VII

ENRIQUE,-CARLOS.

ENRIQUE.
Bien se ha logrado mi intento,
pues como a escuras armaron
a Carlos en su aposento,
todos muerto le juzgaron.
Y pues de mi pensamiento
nadie sospecha tendrá,
y della el Duque está ajeno,
si sabe que vivo está,
yo diré, o él pensará,
que fue falta del veneno.
Lógrense pues los trofeos
de mi piedad, mas mi amor
malogrará sus deseos,
pues ya de Estela el favor
he de perder.

CARLOS.
Detenéos.

ENRIQUE.
¿Quién es?

CARLOS.
¿No me conocéis?

ENRIQUE.
Carlos, ¿vos tan presto aquí?
Pues ¿cómo a riesgo os ponéis,
cuando yo la vida os di,

que mi piedad agraviéis?

CARLOS.

Ni sé si la vida os debo,
ni si me vengo a arriesgar;
y es en mi oído tan nuevo,
que el veniros a matar
es cumplir con lo que debo.

ENRIQUE.

¿Cómo no? ¿Yo no os llevé
en una caja por muerto,
que a vuestro primo entregué,
donde ibais vivo, porque
de mi piedad fue concierto?

CARLOS.

No, Enrique.

ENRIQUE.

Pues ¿cómo ha sido?

CARLOS.

Eso no puedo decir;
sólo os diré que he venido
a mataros, y en vivir
nada a vos os he debido.

ENRIQUE.

Pues yo ¿en qué puedo ofenderos?

CARLOS.

Enrique, en el campo estamos,
y pues somos caballeros,
del puesto en que llego a veros
la obligación atendamos.
Vos os venís a casar
con quien yo por dueño estimo;
Margarita os ha de honrar,
no habrá en esto que dudar
pues lo habéis dicho a mi primo.
Yo la adoro, ella es mi dueño;
y si el sol me la quitara,
o las luces le eclipsara,
o muriendo en el empeño,
en sus rayos me abrasara.

Y aunque yo estaba atrevido
para asaltar la ciudad,
con mi primo apercibido,
aventurar no he querido
a ese riesgo su beldad;
que, aunque en la ciudad entrara,
y después, como se muestra,
sin peligro os la quitara,
siempre la dicha os quedara
de haberla llamado vuestra.
Y porque tener no quiero
ni aun la envidia de pensar
que pudisteis vos primero
llamarla vuestra, os espero
para morir o matar.
Locura es, y mal segura;
mas de amor en la entereza,
no adora quien no aventura
el hacer una locura
por lograr una fineza.
Yo, en fin, su imagen venero;
si ha de ser con vos casada,
debéis, como caballero,
sacármela a mí primero
del corazón con la espada.
Por el amor y la fama
os toca esta obligación;
pues si es pública su llama,
no es bien casaros con dama
que está en otro corazón.
A este empeño os desafío;
solo estáis, vuestro valor
aquí ha de mostrar su brío;
cuidad vos de vuestro honor
que yo cumplo con el mío.

ENRIQUE.

Carlos, mi primo sois vos,
y eso por vos me ha empeñado;
y así, siento, vive Dios,
que imposible hayáis dejado
la conveniencia en los dos.
Que, aunque es también sangre mía
mi tío, en vuestra prisión
supo mostrar mi hidalguía
que era vuestra la razón,

y suya la tiranía.
Y porque veáis vuestro error,
sabed que, aunque lo consiente
mi poco poder, mejor
viera el laurel en la frente
del dueño que del traidor;
y que el venirme a casar
ni es ambición ni es querer;
porque os puedo asegurar
que es no poder replicar
a su tirano poder.
Y que, a haberme vos hablado
de otro modo, ser pudiera
que os restaurara el estado
si hicieseis lo que os pidiera;
mas me habéis desafiado,
y en el campo es afrentosa
acción dejar de cumplir
mi obligación generosa;
y así, es preciso reñir,
y no tratar de otra cosa.

CARLOS.
Pues ¿qué me podéis pedir?
¿Con qué este empeño excusamos?

ENRIQUE.
Ya, aunque os lo llegue a decir,
no ha de excusarse el reñir.

CARLOS.
Pues ¿qué intentas?

ENRIQUE.
Que riñamos.

CARLOS.
Eso espera mi valor.

ENRIQUE.
Eso pretende mi brío;
(Sacan las espadas y riñen.)
mataros es mi temor.

CARLOS.
El de malograr mi amor

sólo puede ser el mío.
(Tropieza Enrique y cae.)

ENRIQUE.
Tropecé; detén la herida,
primo.

CARLOS.
Yo no te he de herir;
restáurate a la caída.

ENRIQUE.
Ni yo tengo de reñir
con quien me ha dado la vida.

CARLOS.
Pues ¿cómo se ha de ajustar?

ENRIQUE.
Con que palabra me des
de lo que te he de rogar.

CARLOS.
Si yo lo puedo otorgar,
no en ello dudoso estés.

ENRIQUE.
Pues, Carlos, yo me casaba
con Margarita, obligado
del Duque, que lo mandaba,
y esta dicha no estimaba,
por estar enamorado.
Mi prima Estela es a quien
adora mi pensamiento;
si yo consigo este bien,
mayor ventura no intento
que tus estados te den.
Para poderlos cobrar
seré yo secreto amigo,
y más te podré ayudar
si al lado de tu enemigo
me tienes por auxiliar.

CARLOS.
Pues yo palabra te doy
de dártela por esposa.

ENRIQUE.

Pues siendo así, tuyo soy.

CARLOS.

Y yo asegurado voy
de mi pasión amorosa.

ENRIQUE.

Mas ¿cómo he de resistir
al intento del tirano,
si a casarme he de venir?

CARLOS.

Eso no lo has de cumplir;
que presumirlo es en vano.
Si a otro medio no se incita
nuestra osadía.

ENRIQUE.

¿Y cuál es?

CARLOS.

Que yo vea a Margarita;
llévame a palacio pues.

ENRIQUE.

No quieras que lo permita
con tantos riesgos.

CARLOS.

Amigo,
no hay riesgos para quien ama;
si esta dicha no consigo,
no quiero vida ni fama.

ENRIQUE.

Pues yo a llevarte me obligo,
si está resuelto tu amor
a tan atrevido intento.

CARLOS.

Cualquiera riesgo es menor
que morir al pensamiento
de malograr su favor.

ENRIQUE.

¿Luego ella te favorece?

CARLOS.

Y por ella libre estoy.

ENRIQUE.

Siendo así, menos parece

el peligro a que yo voy;

pero más mi duda crece.

Si por ella libre estás,

¿Yo la vida no te di?

CARLOS.

Eso después lo sabrás,

primo; que no es para aquí.

ENRIQUE.

Pues no intento saber más.

CARLOS.

Vamos pues, y el juramento

asegure lo tratado.

ENRIQUE.

Mátele su mismo aliento,

y pierda el nombre de honrado

quien faltare a nuestro intento.

CARLOS.

Yo lo juro.

ENRIQUE.

Y yo.

CARLOS.

Pues ven.

VOCES.

(Dentro.) ¡Viva Estela, viva Estela!

ENRIQUE.

Carlos, el paso detén.

CARLOS.

¿Qué es eso?

ENRIQUE.

Que se rebela
el vulgo para tu bien.
Tanto tu muerte ha sentido,
que, según lo que parece,
aclama a tu hermana.

CARLOS.

Y crece
en sus acentos el ruido.

VOCES.

(Dentro.) ¡Viva Estela!

ENRIQUE.

Este rumor,
Carlos, la ocasión me adquiere
de poder darte favor,
por si arriesgado se viere
en palacio tu valor.

CARLOS.

¿Qué favor?

ENRIQUE.

El que acredita
que asegura tu persona
quien te dará a Margarita
y te pondrá la corona.

CARLOS.

Primo, el cielo lo permita.

ENRIQUE.

Ven; que tuya es por herencia.

CARLOS.

Al cielo el tirano obliga.

ENRIQUE.

Contra sí es su diligencia.

CARLOS.

Pues le acusó su conciencia,
bien su traición le castiga. (Vanse.)

Habitación de Margarita.

ESCENA VIII

ESTELA, LAURETA, MARGARITA, GUARDAS.

GUARDA 1º.

Aquesto nos manda el Duque.

MARGARITA.

Pues ¿qué culpa habrá tenido
mi prima en los alborotos
del vulgo, estando conmigo
para prenderla mi padre?

ESTELA.

Señora, si el llanto mío
puede mover tu piedad,
ya que a mi hermano he perdido,
sé amparo de mi inocencia
porque el prenderme es indicio
de quererme dar la muerte,
como a Carlos.

MARGARITA.

(Ap.) ¡Dueño mío,
quién asegurar pudiera
a Estela de que estás vivo!

LAURETA.

¡Ay, Señora, por las llagas
de mi padre san Francisco,
que no nos dejes prender!
Así lèves bien prendido
todo cuanto te pusieres,
y así prendan en sí mismos
los claveles de tus labios
las almas, los albedríos,
y así prendada te veas
de un dueño como un Narciso.

MARGARITA.

(Ap.) Al paso que lo deseo,
no sé cómo resistirlo.

GUARDAS.
Venid, Señora.

ESTELA.
¡Ay de mí!
¿Dónde me lleváis?

GUARDA 1º.
Al mismo
cuarto donde estuvo Carlos.

LAURETA.
¡Ahí no, por amor de Cristo!

MARGARITA.
¡Ay, prima! mi padre viene;
vete; que yo solicito
interceder con mi llanto
por tu inocencia.

LAURETA.
Eso pido.

ESTELA.
Ya sé que voy a morir;
nada en su rigor confío.

LAURETA.
No nos hagan mucho mal,
si han de matarnos, por Cristo.
(Vanse Estela y Laureta con los guardas.)

ESCENA IX

EL DUQUE DE PARMA. MARGARITA.

DUQUE.
Ya están presas las cabezas
del motín, y su castigo
dará escarmiento a los otros.

MARGARITA.
Padre, Señor, si eso ha sido
atrevimiento alevoso

de esos hombres, sin motivo
de mi prima, ¿por qué causa
la prendes, con tanto indicio
de que su muerte procuras?

DUQUE.

Margarita, los delitos
de tan grave empeño hacen,
por consecuencia dél mismo,
cómplices los inocentes.
Yo no intento dar castigo
a Estela, sino aseguro
mi corona. (Ap. Aquesto finjo,
porque ya muerto su hermano,
sólo falta al temor mío
su muerte para quedar
sin el recelo en que vivo.)

MARGARITA.

Pues, Señor, ¿qué puede Estela
hacer estando conmigo?

DUQUE.

Alentar las esperanzas
de esos traidores.

MARGARITA.

¿No has dicho
que están presos?

DUQUE.

Margarita,
en vano intentas su alivio;
no hay en la razón de estado
piedad, ni yo la permito.
Parma está toda revuelta,
a la puerta mi enemigo;
al medio de defenderla
ningún rigor es indigno.
No sosiego en su defensa,
y sólo a verte he venido
para decirte que luego
que vuelva Enrique, tu primo,
te has de desposar con él,
porque no tenga motivo
el de Milán en su empeño

de esperar casar contigo.

MARGARITA.

¿Qué es lo que dices, Señor?

¿Yo casarme con mi primo?

DUQUE.

Así lo he determinado.

MARGARITA.

Pues tú ¿a qué aspiras?

DUQUE.

No aspiro

mas que a la seguridad

de mi estado y mi dominio.

Esto ha de ser, y tan luego,

que ya pienso que ha venido. (Vase.)

ESCENA X

MARGARITA.

MARGARITA.

¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?

amor, sin alma respiro;

sin remedio perdí a Carlos

por sacarle del peligro.

¿Si vuelve luego mi padre?

¿Si habrá venido mi primo?

¿Cómo podré defenderme

de este empeño? ¡Ay, Carlos mío,

si tú vieras este riesgo!

¡Qué mal hizo, qué mal hizo

mi piedad en alejarse

del amparo de tu brío!

¡Ay de mí! ¿que he de perderte?

¿Quién te llevara el aviso?

Decídselo, penas mías;

buscadle, ardientes suspiros.

¡Oh, si mis tristes palabras

llegasen a sus oídos,

que, pues se las lleva el viento,

acertar puede el camino!

pero no podrás oírme,

porque es para más martirio
muy cerca donde te siento,
muy lejos donde te miro.
¡Oh tiranía de amor!
Pues en el alma está vivo,
si allí le tengo con ojos,
¿Por qué ha de estar sin oídos?
Haz un milagro, deidad;
y pues en este distrito
le tengo para mirarle,
esté también para oírlo.
Óyeme, Carlos.

ESCENA XI

CARLOS.-MARGARITA.

CARLOS.
Sí haré.

MARGARITA.
¡Válgame el cielo! ¿qué miro?
Carlos, Señor, pues ¿tú aquí
a riesgos tan conocidos?
¿Tú aventurando la vida?
Sin duda yo lo imagino.
¿Es cierto que eres tú?

CARLOS.
Sí,
y sólo por eso mismo;
porque un desdichado nunca
se aparta de su peligro.
Yo soy, bella Margarita;
yo infelice, que he sabido
que ya ha dispuesto tu padre
que te cases con tu primo.
Yo soy, que vengo a morir
primero que consentirlo;
o no soy yo, pues lo supe
y pude quedarme vivo;
mas si vivo, es solamente
con el aliento preciso
que me ha dejado el amor
para poder resistirlo.

MARGARITA.

Pues ¿qué resistencia puedes
hacer tú en tanto peligro?

CARLOS.

Para su poder ninguna,
pero mucha a tu albedrío:
y éste es el riesgo que temo,
que, aunque es tirano mi tío,
más me asombra un sí en tu labio,
que en mi garganta un cuchillo.

MARGARITA.

Pues, Carlos, ¿cómo pretendes,
siendo su rigor preciso,
que yo pueda resistirle?
¿Qué he de hacer cuando me miro
sin resistencia a su enojo?
¿Ya su violencia no has visto?
¿Qué he de intentar contra ella,
que pueda servir de alivio?
Ni tú puedes defenderme,
si tienes el riesgo mismo,
sino añadir el del tuyo
al triste dolor del mío.
Vuélvete, Carlos, por Dios.

CARLOS.

¡Ay, infeliz! ¿que eso has dicho?

MARGARITA.

Carlos, que mi padre viene;
vete, vete.

CARLOS.

Ya el peligro
es menos que imaginado;
yo no tengo por alivio
excusarme deste riesgo
si el de casarte imagino.
Venga todo su poder;
que a morir contento aspiro,
diciendo que soy tu esposo.

MARGARITA.

Vete por Dios, Carlos mío.

CARLOS.
Primero me haré pedazos.

MARGARITA.
Pues suspéndalo el retiro:
en esa pieza, que pasa
al cuarto donde tú mismo
estuviste preso, puedes
retirarte; y si al designio
de mi padre yo no puedo
resistir, o al de mi primo,
entonces saldrás, y entrambos
moriremos con alivio.

CARLOS.
Eso aceto.

MARGARITA.
Vete presto.

CARLOS.
Valedme, cielos divinos. (Vase.)

ESCENA XII

EL DUQUE DE PARMA, CRIADOS; TIRSO, que trae puesta la armadura.-
MARGARITA.

DUQUE.
¿Qué es esto? ¿Quién fue el tirano
que emprendió tal osadía?

CRIADO 1º.
Señor, el Duque te envía
de su Campo este villano,
que donde enviar pensaste
el cuerpo de Carlos iba,
y su furia vengativa
piensa que le despreciastes
con esta burla, y intenta
dar asalto a la ciudad.

DUQUE.
¿Esto puede ser verdad?

¿Quién me ocasionó esta afrenta?
¿Carlos no fue?

TIRSO.
Señor, no;
que él vio entre unos camaradas
sus cadenas desatadas,
y por Dios, que las lió.

DUQUE.
¿Qué dices, necio? ¿Contigo
no estaba el traidor infiel?

TIRSO.
Señor, yo estaba con él;
mas él no estaba conmigo.

DUQUE.
(Ap. ¿Si contra mí algún delito
en estos engaños hubo?)
¿Por qué contigo no estuvo?

TIRSO.
no le parecí bonito.

DUQUE.
Pues ¿dónde Carlos se fue,
si estaba contigo acá?

TIRSO.
Eso Carlos lo dirá;
busque a Carlos su mesté.

DUQUE.
Pues ¿cómo (Ap. Esto he de apurar)
te llevaron?

TIRSO.
Fue razón;
tengo buena condición
y soy fácil de llevar.

DUQUE.
Deste simple lo que pasa
no he de poder inferir.

TIRSO.

Señor, yo no sé ingerir
sino las parras de casa.

DUQUE.

¿Armarte no habías sentido
ni verte llevar después?

TIRSO.

Lo que yo siento más es
lo que aprieta este vestido.

DUQUE.

O este engaño he de saber,
o he de perder, pues me acaba
el juicio.

TIRSO.

Yo no pensaba
que eso estaba por perder.

DUQUE.

Llamadme a Enrique al instante,
traidores.

(Vanse los criados.)

ESCENA XIII

EL DUQUE DE PARMA, MARGARITA, TIRSO.

TIRSO.

Si eso es por mí,
yo diré lo que hay aquí,
sin que culpes ignorante,
a estos pobres mentecatos,
y no te desacomodes.

DUQUE.

¿Qué fue?

TIRSO.

Me han llevado a Herodes,
y me vuelven a Pilatos.

DUQUE.

¿Te burlas de mi poder,
villano, loco, traidor?

TIRSO.

Ten por Dios; que esto, Señor,
no es más que mi parecer.

DUQUE.

Echad por una ventana
a este simple.

MARGARITA.

Gran Señor,
¿Por qué muestras tu furor
con rudeza tan villana?

DUQUE.

Margarita, hija, este engaño
ha de ocasionar la ruina
de mi corona; imagina
si siento bien tanto daño.

MARGARITA.

Si a Carlos hallaron muerto,
fácil es de averiguarse.

DUQUE.

Eso no puede dudarse;
que Enrique le vio, y es cierto.
(Ap. Cielos, yo le vi cenar
y beber le vi el veneno,
y desta sospecha ajeno,
le vi después acostar.
Mas ¿si los que a armarle fueron
hicieron tal desvarío?
Como por precepto mío
con la obscuridad lo hicieron,
por Carlos a este villano
dieron, que estaría dormido
mas sin duda, si esto ha sido,
que aún Carlos está allí es llano.)

MARGARITA.

Señor, desta confusión
presto tu duda saldrá.

DUQUE.

No, hija; que Carlos está
dentro de aquesta prisión.

MARGARITA.

(Ap. ¡Ay de mí!) Pues ¿ya no es muerto?
¿Qué es lo que dices, Señor?

DUQUE.

Muerto en ella por error
le dejó Enrique, esto es cierto;
y agora lo he de saber,
que allí su cuerpo ha de estar.

MARGARITA.

(Ap. ¡Ay, infeliz, que al entrar
aquí a Carlos ha de ver!)
Señor, Señor, ¿dónde vas?

DUQUE.

A averiguar este engaño.

MARGARITA.

Mira, Señor, que hay más daño
que el que imaginando estás.

DUQUE.

¿Qué daño? A verlo he de entrar.

MARGARITA.

Señor, lo que has presumido
sin duda verdad ha sido;
porque todo hoy, el pagar
por este cuarto, parece
que a Carlos he visto en él,
que con aspecto cruel
amenazando, se ofrece
a quien la culpa ha tenido
de su muerte arrebatada;
y aunque no ofenda su espada,
al cielo en él he temido.
Mira que aquesta ilusión
amago ha sido del cielo.

DUQUE.

En mí no cabe recelo;
entrar quiero en su prisión.

MARGARITA.
Señor, advierte...

ESCENA XIV

CARLOS, al paño.-DICHOS.

DUQUE.
¿Qué quieres?

CARLOS.
Ya esto no tiene remedio;
morir matando es el medio.

MARGARITA.
Que entren criados, y esperes
a su aviso.

DUQUE.
Es cobardía.

MARGARITA.
(Ap.) Él le halla; ya no respiro.
(Al entrar el Duque empuña Carlos la espada.)

DUQUE.
¡Válgame el cielo! ¿qué miro?
sombra, ilusión, fantasía,
¿Qué, me amenaza tu espada?
Mi corona, si es preciso...-
hija, verdad fue tu aviso.

MARGARITA.
Cielos, yo estoy asombrada.

DUQUE.
Carlos es, Carlos; ¿qué intentas?

MARGARITA.
Señor, de aquí te retira;
que ofendes al cielo mira.

DUQUE.
El corazón me amedrentas;
sin aliento estoy.

MARGARITA.
Pues, padre,
estos asombros huílos.

TIRSO.
¡Qué asombro! Que éste es Carlillos,
por la leche de mi madre.

DUQUE.
Criados, hola, venid.
(Ap. Mal mi temor se previene.)

CARLOS.
(Ap.) Cielos, por muerto me tiene;
pues válgame aqueste ardid. (Retírase.)

ESCENA XV

CRIADOS.-EL DUQUE DE PARMA, MARGARITA, TIRSO.

CRIADOS.
¿Qué es lo que mandas, Señor?

DUQUE.
Llegad todos presto, entrad;
todo este cuarto mirad.

MARGARITA.
(Ap.) ¡Ay de mí, que esto es peor!

DUQUE.
Entrad presto.

UNAS VOCES.
(Dentro.) ¡Viva Estela!

OTRAS.
¡Viva el Duque de Milán!

DUQUE.
Mis daños creciendo van.

MARGARITA.

(Ap.) Este rumor me consuela.

ESCENA XVI

ENRIQUE.-DICHOS.

ENRIQUE.

Señor, si la vida estimas,
por último bien la guarda
del furor de tu enemigo,
a quien con traición tirana,
de los parciales de Carlos
las familias conjuradas,
por las puertas que han abierto
entran saqueando a Parma.
(Ap. Yo he sido quien las he abierto,
valiéndome desta traza.)
A sangre y fuego la llevan.

DUQUE.

¡Ah cielos, suerte tirana!

MARGARITA.

(Ap.) ¡Ah cielos, dichosa suerte!

DUQUE.

Enrique, entra presto y saca
a Estela de la prisión,
por si su furor se ataja
con su presencia.

ENRIQUE.

Ya voy. (Vase.)

ESCENA XVII

EL DUQUE DE MILÁN, SOLDADOS.-EL DUQUE DE PARMA, MARGARITA,
TIRSO,
CRIADOS.

DUQUE DE MILÁN.

(Dentro.) Entrad, sin reservar nada,
a sangre y fuego el palacio.

DUQUE DE PARMA.

¡Ah fortuna desdichada!
(Sale el Duque de Milán y soldados con espadas y rodelas.)

DUQUE DE MILÁN.
Si es muerto Carlos, a Troya
imite en su incendio Parma.

DUQUE DE PARMA.
Ya aquí no hay otro remedio:
pues me miras a tus plantas
por traición de mis vasallos,
esto por triunfo te basta.

DUQUE DE MILÁN.
La traición ha sido tuya;
que esta corona usurpabas
a mi primo; ¿dónde está?

DUQUE DE PARMA.
Aquí mi mayor desgracia
es no poderle dar vivo.

DUQUE DE MILÁN.
Luego ¿es muerto? Pues ¿qué aguarda
mi furor? Matadle luego.

MARGARITA.
Tened, tened las espadas;
que si el dar a Carlos vivo
vuestras violencias ataja,
yo daré a Carlos.

DUQUE DE MILÁN.
¿Qué dices?

MARGARITA.
Que aquí está vivo.

ESCENA XVIII

CARLOS; luego, ENRIQUE y ESTELA; después, LAURETA.-DICHOS.

CARLOS.
Y el alma
entregando a Margarita,

con la mano que la enlaza.

ENRIQUE.

(Sale con Estela.) Y aquí está Estela también,
dando la mano a quien gana
por su sangre este trofeo.

CARLOS.

Yo te cumplo mi palabra.

LAURETA.

(Sale.) Y aquí está también Laureta.

TIRSO.

¡Ay, Laureta de mi alma!
Mira a Tirso hecho un san Jorge.

LAURETA.

Tirso, al instante me abraza.

TIRSO.

No te me acerques a eso,
que podré matar la araña.

DUQUE DE MILÁN.

Pues aclamad todos luego
a Carlos Duque de Parma.

TODOS.

¡Viva Carlos!

CARLOS.

Y este ejemplo
dé escarmiento a los que tratan
de hacer secretos delitos;
pues si cautelas los callan,
la misma conciencia acusa,
que es el testigo del alma.